



El

UNA VENTANA ABIERTA SOBRE EL MUNDO

Correo

OCTUBRE

1959

(Año XII)

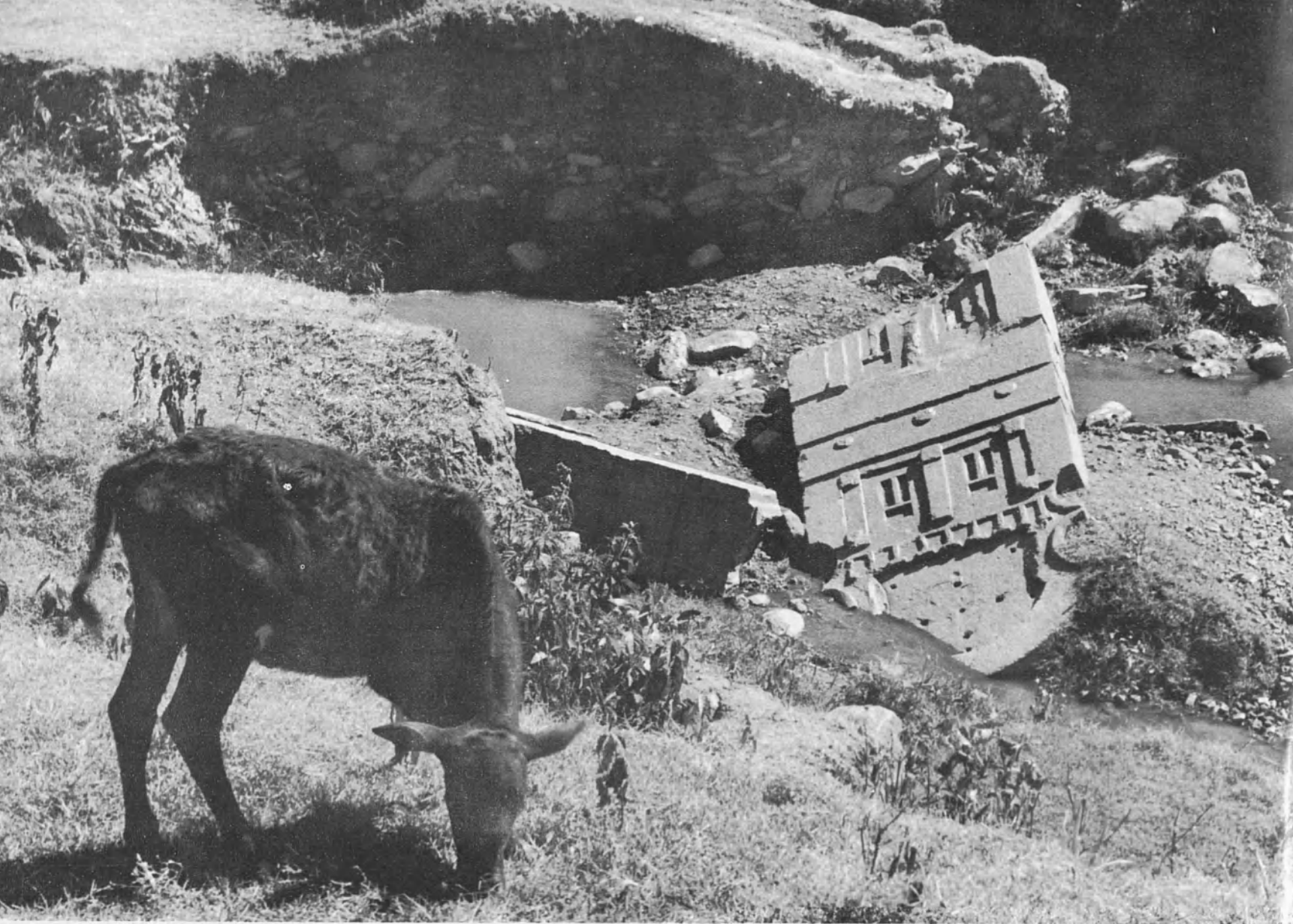
Argentina : 6 pesos

España : 9 pesetas

Francia : 60 francos



UNA NUEVA
VISIÓN DEL
PASADO
AFRICANO



EL OBELISCO MAS ALTO DE LA ANTIGUA ETIOPIA

Uno de los capítulos más fascinadores de la historia africana es el del apogeo de Etiopía, que luego de adoptar el cristianismo hace 1.600 años, desarrolló una magnífica civilización al margen del mundo musulmán del norte y del oriente, y de las culturas negras meridionales. Los cimenteros de Etiopía quedaron echados durante el primer milenio antes de J.C., cuando pueblos dueños de una alta cultura y grandes adelantos técnicos cruzaron el Mar Rojo y crearon un poderoso reino cuya capital se llamó Axum. Maestros en el arte de tallar enormes bloques de durísima piedra, los habitantes del reino axumita erigieron gigantescos monolitos. Algunos han resistido victoriosos los asaltos del tiempo, como el enorme obelisco (a la izquierda) que mide más de veinte metros. Su mole se yergue sobre las tumbas de los reyes en la antigua capital de Axum, mientras otros monumentos, cuyos dibujos y símbolos son todavía un misterio inexplicable, se han derrumbado (foto de arriba). El reino axumita y su estado sucesor, el reino amárico, alcanzaron una importancia y un refinamiento que han legado a la Etiopía contemporánea una cultura y una civilización únicas en su género.

Sumario

N° 10


NUESTRA PORTADA

Cabeza de bronce procedente de Ife, capital espiritual de los pueblos yoruba en Africa Occidental. Las marcas en el rostro pueden deberse a escarificaciones, o bien representan sargas de pequeñas cuentas semejantes a las que cuelgan de la corona de los actuales reyes yoruba. (Véase p. 12 y 14.)

Foto Eliot Elisofon, de la obra "The Sculpture of Africa". © Thames and Hudson, Ltd., Londres, 1958.

PÁGINAS

- 4 REDESCUBRIMIENTO DEL AFRICA**
por Basil Davidson
- 10 ZIMBABWE LA GRANDE**
Ruinas de una antigua cultura negra, por Henri Bart
- 12 EL REINO MEDIEVAL DE BENIN**
Una civilización de la selva, por Onwonwu Dike
- 14 DOS CIMAS DEL ARTE NEGRO**
Los tesoros de Ife y Benin, por William Fagg
- 20 LA RUTA DEL HIERRO A TRAVÉS DEL AFRICA**
por R. R. Inskip
- 22 CIUDADES OLVIDADAS DE LA COSTA ORIENTAL**
por el R. P. Gervase Mathew
- 24 KUMBI SALEH, CAPITAL DEL "PAÍS DEL ORO"**
por Raymond Mauny
- 26 TOMBUCTÚ, CENTRO DE CULTURA MEDIEVAL**
Relatos de cronistas y viajeros, por Thomas Hodgkin
- 28 TEMPLOS PERDIDOS EN EL DESIERTO**
- 30 LEYENDA Y REALIDAD DEL IMPERIO DE ETIOPÍA**
por Jean Doresse
- 33 EN LA CORTE DE LOS REYES DE ACHANTI**
por Jacqueline Delange

Publicación mensual

de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

Redacción y Administración

Unesco, Place de Fontenoy, Paris 7°

Director y Jefe de Redacción

Sandy Koffler

Redactores

Español : Jorge Carrera Andrade

Francés : Alexandre Leventis

Inglés : Ronald Fenton

Ruso : Veniamín Matchavariani

Composición gráfica

Robert Jacquemin

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, serán facilitadas por la Redacción toda vez que se las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción dos ejemplares del periódico o revista que los haya publicado.

Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de los editores de la revista.

Tarifa de suscripción anual de EL CORREO DE LA UNESCO : 10 chelines ; \$ 3.00 ; 600 francos franceses (6 francos nuevos) o su equivalente en la moneda de cada país.

Venta y Distribución

Unesco, Place de Fontenoy, Paris 7°

MC 59.1.140 E

REDESCUBRIMIENTO DEL AFRICA

por Basil Davidson



EFIGIE REAL DEL CONGO: Esta cabeza es un detalle de la estatua que representa al 119º monarca del reino bushongo, en el Congo Belga. La costumbre de hacer estatuas en vida de los reyes debió comenzar en la época de Shamba Bolongongo, 93º monarca bushongo y el más grande de todos ellos (c. 1.600 d. J.C.). Por lo general se representa a los reyes sentados con las piernas cruzadas, y sosteniendo algún objeto (tambor, yunque, etc.) que simboliza el rasgo distintivo que les ha dado fama.

Colección Van de Straete



© Almsy, Paris

ESTAS RUINAS erosionadas por las arenas al norte de Khartum, en el Sudán, son las de Musawarat-es-Safa, palacio o templo construido a comienzos de la era cristiana y residencia de un dios-rey o una diosa-reina. Sólo quedan hoy restos del esplendor de esos edificios, cerca de los cuales se alzan los túmulos aún inexplorados de las ciudades donde floreció la gran civilización kush.

C

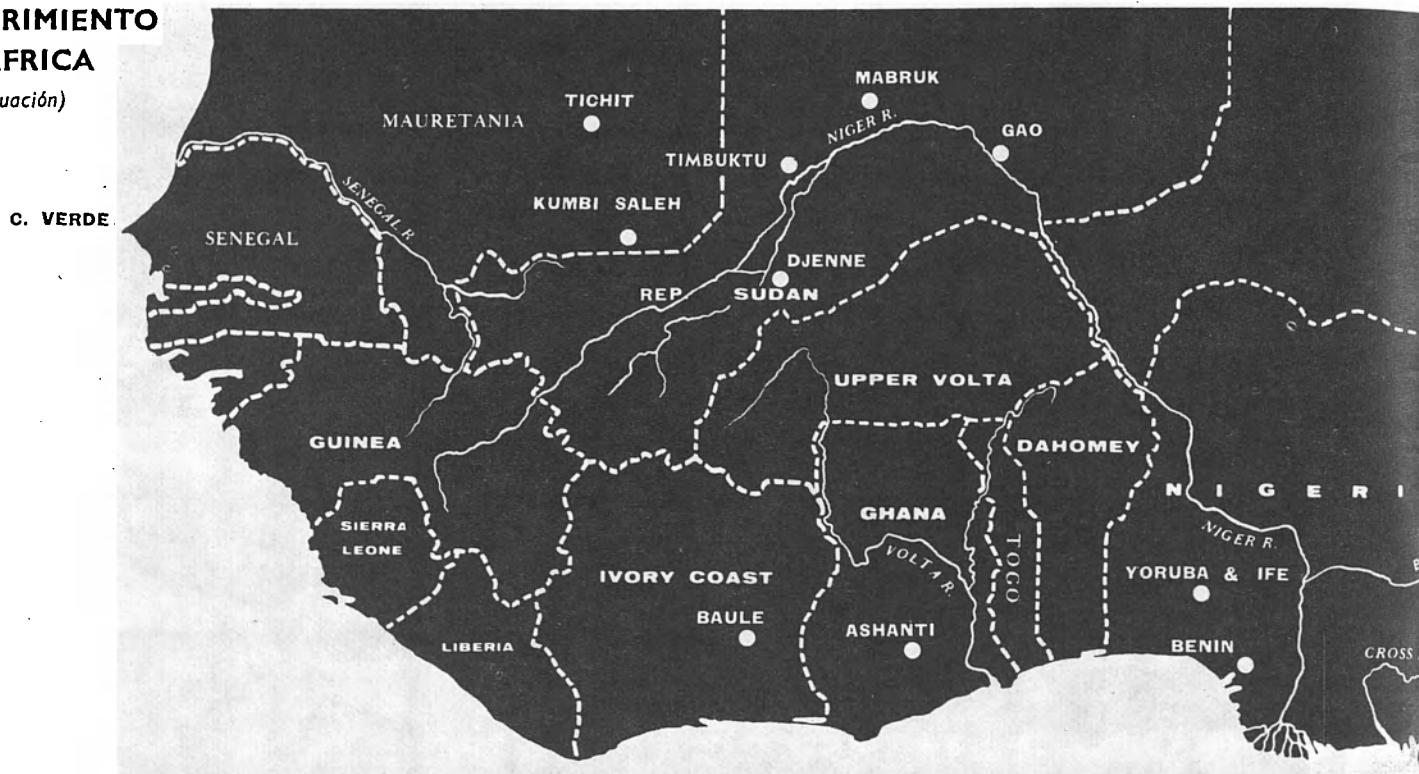
arecen las razas negras de un pasado y de una historia? Hasta hace poco tiempo el mundo no africano lo creía así, sin ocurrírsele que la respuesta podía ser diferente; claramente han de recordarlo los muchos africanistas que fueron testigo de los tesoneros esfuerzos de Melville Herskovits para probar lo contrario.

Pero en estos últimos tiempos, con el despertar del sentimiento anticolonialista, surge una nueva manera de considerar este vasto problema. Se comprende cada vez más que el aporte cultural de los pueblos africanos a la historia general y al progreso de la humanidad no se limita a las obras de arte de innegable interés, sean ellas en madera o marfil, bronce u oro, sino que abarca una amplia esfera de realizaciones políticas y sociales que no son menos importantes o notables por ser ignoradas o poco conocidas. En efecto, se comprueba que esas obras, hoy día objeto de la admiración de los artistas asiáticos, americanos o europeos, no constituyen productos más o menos misteriosos de un vacío social sino, por el contrario, el ornamento y los

SIGUE A LA VUELTA

REDESCUBRIMIENTO DEL AFRICA

(Continuación)



atributos de las civilizaciones africanas más remotas y primitivas.

El pasado de las razas de Africa vuelve a valorarse precisamente en un momento histórico en que numerosos pueblos de ese continente alcanzan su independencia, y en que su voz comienza a resonar en todas las asambleas donde dan cita gobiernos y naciones. Esta etapa media del siglo XX será recordada en el futuro como la gran época de la emancipación africana. Y por cierto que no se trata exclusivamente de una simple emancipación política de resultas de la cual más de 80 millones de africanos contarán dentro de pocos años con su propio gobierno autónomo. El fenómeno es mucho más profundo: se está generando una auténtica emancipación intelectual y moral, se allanan los obstáculos que se interponían entre los pueblos de Africa y su plena igualdad con el resto del mundo, y se rompen las barreras que aislaban a esas razas de la gran familia de la humanidad.

En esa paciente labor participan muchos eruditos y especialistas de diferentes partes del mundo. En los últimos 10 ó 20 años, los estudiosos de diversos países han aunado sus esfuerzos para restaurar de la mejor manera posible el rico patrimonio que, para desgracia de los pueblos de Africa, sufrió una grave mutilación como resultado de cuatro siglos de esclavitud y uno de administración imperialista y colonial. Y sucede ahora—este número especial de «El Correo de la Unesco» es en cierto sentido un símbolo de esos acontecimientos— que se están recogiendo los frutos de toda esa paciente y afanosa labor de investigación.

Los artículos que distinguidos especialistas y eruditos han escrito para este número especial nos dan alguna idea del amplio campo y de la variedad, con frecuencia asombrosa, de los trabajos que se están llevando a cabo en diversas regiones del continente. Puede decirse que casi no existe territorio africano, por ignorado y remoto que sea, que haya dejado de aportar alguna contribución, aunque sea pequeña, al vívido y atractivo cuadro de la historia africana que comienza a emerger.

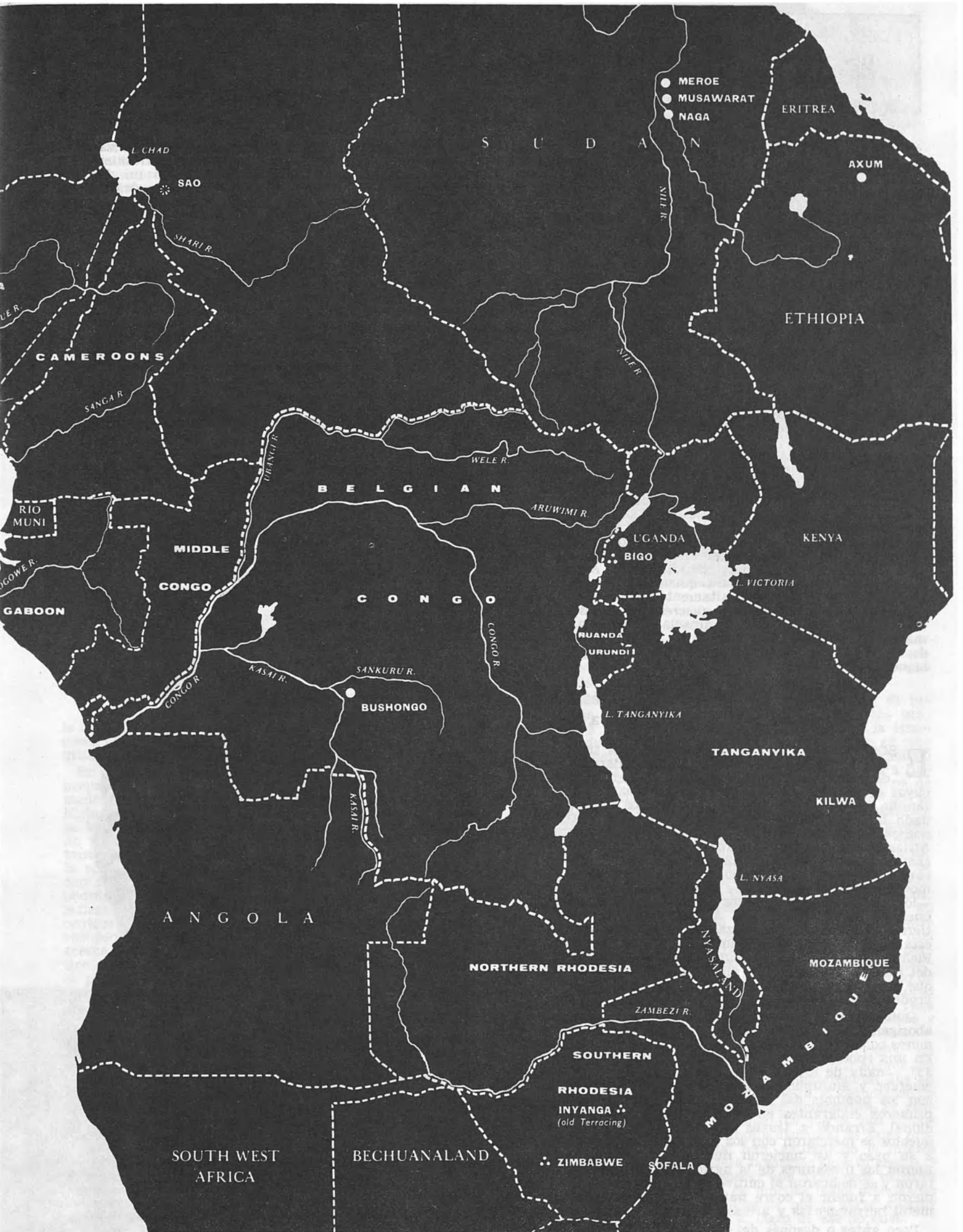
La administración colonial de los territorios británicos—especialmente Tanganyika y Rhodesia del Sur— ha dictado ordenanzas minuciosas para salvaguardar y conservar los monumentos de la antigüedad, aportando sumas reducidas pero de inestimable valor a los fondos destinados a museos e investigaciones. También han adoptado la práctica de contratar a especialistas en historia y arqueología. En los territorios dependientes de Francia, los trabajos exploratorios de Monod y de sus colegas del Instituto Francés del Africa Negra han echado bases tan sólidas como atrevidas en este nuevo terreno de interés e investigación científica. El Emperador de Etiopía ha dado muestras de un espíritu generoso y de esclarecida visión en una tierra que en el pasado cerró muchas veces sus puertas a los arqueólogos. Persuadido cada vez más del rico patrimonio que recibiera del antiguo Kush, el

MAPA DE AFRICA AL SUR DEL SAHARA, basado en la carta de Palacios publicada en 1958 en la obra "The Sculpture of Africa" © Thames and Hudson, Ltd., Londres. Se han agregado los nombres de los más importantes lugares históricos y arqueológicos a que se hace referencia en este número. Los nombres se han dejado en inglés, por cuanto no ofrecen dificultades de comprensión. En la mayoría de los lugares indicados, los historiadores y los arqueólogos están revelando una auténtica y brillante cultura negra, muy anterior a la llegada de los europeos, a la que empieza a hacerse justicia después de haberla ignorado durante mucho tiempo.

Gobierno de la República del Sudán ha emprendido la construcción de un edificio que promete ser uno de los más grandes museos del Africa. Y así podríamos seguir multiplicando los ejemplos.

En la actualidad, los eruditos africanos que trabajan en universidades de ese continente han comenzado a participar en la empresa. Nada revela tan claramente el progreso que se viene realizando, y que probablemente irá en aumento, como el afán con que se estudia y escribe la historia del reino nigeriano medieval de Benin. Hace tres años, los Gobiernos del Reino Unido y de Nigeria llegaron a un acuerdo con la Carnegie Foundation para asignar conjuntamente una suma de 42.000 libras esterlinas destinada a costear los trabajos de un grupo de investigadores que estudiarían la historia del Benin medieval; el jefe de este distinguido grupo es un africano, el Dr. Onwonwu Dike, del colegio universitario de Ibadán.

Es posible que el *Homo sapiens* haya aparecido en Africa central u oriental. Desde hace unos 30 años, el continente africano va descubriendo uno tras otro sus secretos, causando así una verdadera revolución en las nociones acerca de los orígenes de la humanidad; por su parte los trabajos llevados a cabo por hombres como Dart, Breuil y Leakey tienen un alcance que trasciende su significado puramente africano. Pero el tema de este número especial de «El Correo de la Unesco» se orienta en otro sentido. Ahora ya es posible esbozar las líneas fundamentales de la prehistoria e historia relativamente recientes de vastas regiones de Africa: es decir, la historia de los siglos premedievales y medievales inmediatamente anteriores a la influencia y penetración europeas. He ahí el verdadero descubrimiento: el de que los africanos han pasado por sucesivas etapas de crecimiento y desarrollo, perfectamente diferenciadas y reconocibles, en los 15 o



Una nueva valoración del pasado africano

20 siglos que precedieron al conocimiento de la realidad africana por parte de los europeos. La restauración del pasado africano, en el sentido ya expresado, consiste esencialmente en desenmarañar y escribir la historia de la Edad de los Metales en los territorios situados al sur del Sahara.

Tratemos ahora de resumir el núcleo y el meollo de este gran misterio. Al término de la Edad de Piedra, los pueblos situados en el curso inferior del Nilo y en las zonas circunvecinas —entonces mucho más fértiles— se abrieron paso en la historia alrededor del año 3.000 antes de J.C., cuando la primera dinastía de los Faraones comenzó a ejercer su dominio en el delta del Nilo. Esta irrupción en la zona más septentrional de Africa, unida al progreso comparable de pueblos que habitaban el Cercano Oriente y las riberas del Mediterráneo, ejerció una innegable influencia en los siglos venideros sobre los territorios situados al sur y al oeste. Esa influencia se extendió hacia el sur, remontó el Nilo y allí, haciéndose sentir en los pueblos que encontraba a su paso, estimuló y ayudó a la creación de la civilización de Kush, el célebre reino de Napate y Meroé cuyos reyes y reinas habrían de gobernar en sucesión más o menos continuada durante mil años a partir de 800 antes de J.C.

Su acción se dejó sentir igualmente hacia el oeste, a lo largo de las riberas meridionales del Mediterráneo: Cartago la fenicia, fundada en el siglo IX antes de J.C., contribuyó a estimular y crear las civilizaciones libico-bereberes del Africa septentrional. En tercer lugar, esas antiguas civilizaciones del Cercano Oriente y de Egipto influyeron en la zona más meridional de Arabia —la Arabia de la Reina de Saba a quien Salomón conoció y amó—, creando otra región altamente civilizada que envió a sus colonos, comerciantes y guerreros a través del Mar Rojo hasta el cuerno de la península de Somalia, y a sus marinos y colonizadores a lo largo de la costa oriental de lo que hoy es Somalia, Kenia, Tanganyika y Mozambique.

La conquista de los metales, alborada de las culturas

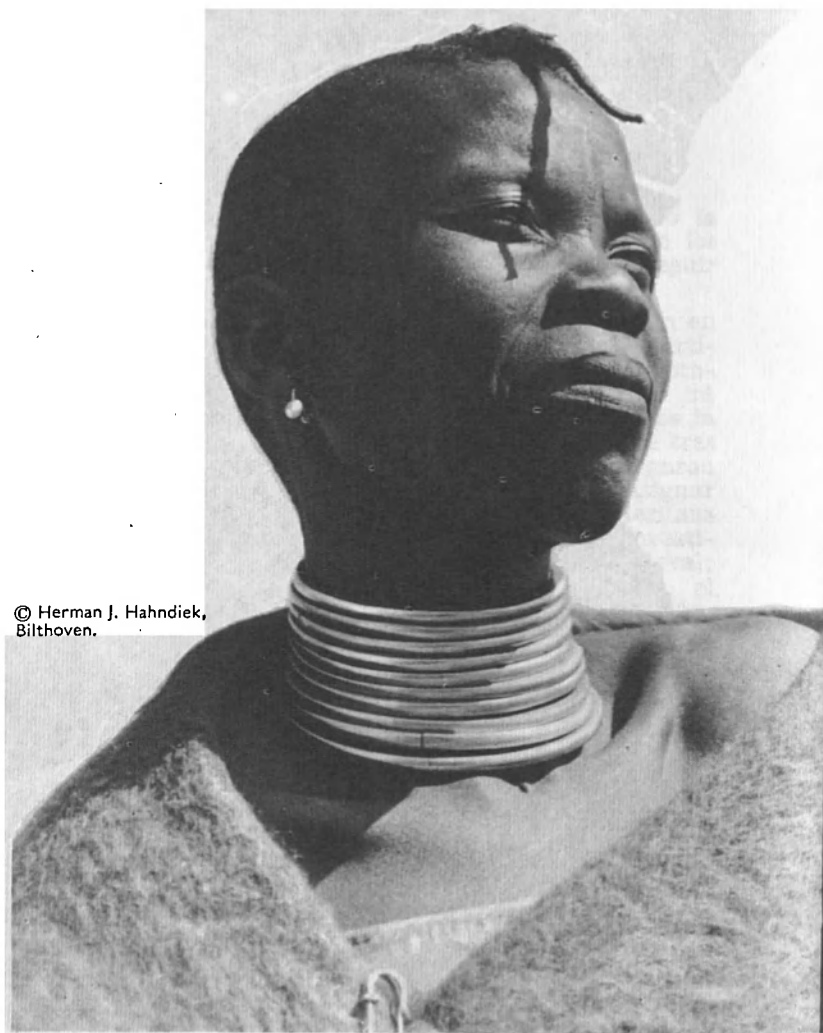
ESOS primeros colonos, maestros en los trabajos de metal y en otras técnicas, no se trasladaron a tierras deshabitadas sino que se establecieron en un territorio cuyos escasos habitantes formaban varias ramas de la familia humana a las que los antropólogos modernos han dado los nombres de bosquimanos, negritos, hotentotes, negros, y camitas. Los orígenes de esos habitantes del Africa continental son oscuros y confusos. Según parece, también ellos se trasladaron hacia el sur a través del continente, al que llegaron quizá en tiempos inmemoriales. Probablemente los bosquimanos y los negritos —los pigmeos— fueron los primeros entre todos los pueblos supervivientes de Africa que habitaron esas tierras. Algunas de esas razas sobreviven todavía en un estado de primitivismo semejante al de la Edad de Piedra: existen grupos de pigmeos en los bosques centrales del Congo y bosquimanos en los territorios de Kalahari, que viven exclusivamente de la caza, de la pesca y de productos naturales.

Quizá los siguientes en llegar fueron los hotentotes, los aborígenes con quienes se encontraron en 1652 los primeros colonos holandeses en el Cabo de Buena Esperanza. En una época posterior, alrededor del año 5.000 antes de J.C. —nada de esto se sabe con certeza— comenzaron a emerger y multiplicarse los pueblos que hoy conocemos con los nombres del negro y camita, y siguieron a los primeros emigrantes en una dirección más bien meridional. Errando a través del continente, estos últimos pueblos se mezclaron con los aborígenes que encontraban a su paso y así nacieron nuevos modos de vida. Ellos fueron los inventores de la agricultura tropical. Se asentaron y se dedicaron al cultivo de nuevas cosechas. Aprendieron a fundir el cobre natural y a fabricar con dicho metal herramientas y armas primitivas.

Poco antes o después del comienzo de la era cristiana,

esos habitantes del continente meridional comenzaron a explotar y fundir el hierro, y a fabricar herramientas y armas más eficaces; con ello consiguieron un dominio nuevo y hasta revolucionario, como lo demostrarían los hechos, sobre el ambiente material en que vivían. Aproximadamente en esa época —es decir hace unos 2.000 años— los pueblos del centro de Africa comenzaron a multiplicarse y a formar los principales grupos que hoy se conocen. Parecería que a partir de entonces el más importante de los grupos humanos existentes en Africa empezó a extenderse y a poblar los inhabitados o casi inhabitados bosques y sabanas. A este grupo se le conoce con el nombre de bantú; pero la expresión casi no tiene significación racial, pues se trata de un término lingüístico que se aplica a los numerosos grupos que hablan un idioma parecido. Racialmente, los bantúes son el producto de la mezcla, durante largos periodos, entre negro y camita, y bosquimano y hotentote. Por eso, su apariencia física varía mucho, pero todos sus idiomas se remontan, en forma más o menos manifiesta, a una raíz común. Desconocemos por ahora los orígenes de esa raíz.

Cabe decir, pues, que los últimos 2.000 años constituyen el período formativo aproximado de la mayoría de los pueblos del Africa continental. Esta época constituye su Edad del Hierro. Algunas autoridades en la materia prefieren llamarla Edad del Metal o Paleometálica, porque si bien el conocimiento de la metalurgia ferruginosa fue una influencia decisiva, los pueblos de Africa conocieron también la manera de explotar y trabajar otros minerales, incluidos el oro, el cobre y el estaño. Hubo también un tiempo en que algunos de ellos trabajaron en gran escala el latón y el bronce; pero también, como sucedió con la antigua Asia y Europa, conocieron una Edad del Bronce



© Herman J. Hahndiek,
Bilthoven.

que marcó un largo y distintivo periodo de desarrollo antes de su Edad del Hierro.

Hoy en día, los investigadores se ocupan principal y afanosamente de estudiar esta Edad del Metal o, dicho en otros términos, los 15 o 16 siglos que precedieron al contacto europeo a lo largo de la costa. Avanzando por tres líneas diferentes, aunque relacionadas entre sí, la historia, la arqueología y la antropología comienzan ahora a reunir sus resultados y a ofrecer un cuadro coherente que no era posible percibir hace todavía pocos años.

Con los nuevos y perfeccionados conocimientos de los últimos 20 años se proyectan o preparan nuevas traducciones de varias obras clásicas, tales como el *Periplo del mar de Eritrea*, del primer siglo de la era cristiana, y de los escritos del siglo XVI de Leo Africanus sobre el Sudán occidental. Los archivos de la Federación de Africa Central colaboran con el Archivo Histórico de Mozambique en la preparación y publicación de unos 15.000 documentos, inéditos hasta ahora, de las bibliotecas de Goa, Lisboa y el Vaticano; cuando aparezcan, esos documentos aclararán en gran medida la cuestión de los primeros contactos europeos. Joseph Needham, en su monumental estudio de la historia de las ciencias en China, ha consagrado parte del sexto volumen —que no tardará en ver la luz— a la tecnología marítima china, y con ello ha demostrado la importantísima contribución china al comercio del Océano Indico cuyo término occidental era la costa del Africa oriental.

La arqueología africana ha registrado importantes éxitos en los últimos años. Mauny y Thomassey están completando sus excavaciones de la antigua ciudad de Kumbi Saleh, probable emplazamiento de la capital de Ghana medieval. Lebeuf y Masson-Detourbet han descubierto la notable civilización del bronce de los habitantes de Sao en el Chad del alto medioevo. En el Sudán, Vercoutter ha completado una lista preliminar de lugares históricos de

LOS ANCHOS COLLARES de cobre o de cuentas, que constituyen uno de los adornos principales de los africanos, siguen gozando de gran preferencia. A la izquierda puede verse a una mujer de la tribu n'debele, pueblo bantú que habita en el Transvaal. A la derecha, una gran cabeza de bronce de 27 centímetros de altura, obra de arte benin de Nigeria (aproximadamente del siglo XVII), ejemplo de las numerosas cabezas de bronce en las que se han representado los collares de coral que sirven de adorno en la corte del reino de Benin.

la imponente civilización de Kush. Otros especialistas franceses han proseguido sus investigaciones sobre la Etiopía primitiva.

En Africa británica, Mathew y Freeman-Granville han preparado un registro de los lugares históricos antiguos y medievales de la costa de Kenia y Tanganyika y, a su vez, Kirkman ha excavado las ruinas de Gedi, cerca del puerto de Malindi en Kenia. Un poco más al norte, en la Somalia italiana, Cerulli y Grottanelli han arrojado importante luz sobre las primeras colonias y migraciones en la costa y en las islas próximas al litoral. Si se cuenta con fondos suficientes, en toda esa inmensa región se podrán lograr notables progresos, no sólo en lo que se refiere a la historia de las ciudades de la costa y de los centros comerciales que allí florecieron en tiempos pre-europeos, sino también en la reunión de datos y elementos acerca de sus abastecedores y de los mercados en el interior del país. Las monedas, y las importaciones tales como la porcelana, pueden servir de hito para establecer la fecha de muchas de las ruinas de antiguas construcciones de piedra situadas en la costa o en el interior.

Más hacia el sur se cumplen nuevos esfuerzos para descubrir la historia de otro inmenso conjunto de ruinas de construcciones en piedra —fuertes, chozas y vastos sistemas de terrazas construidas en laderas de colinas— que abarcan varios miles de kilómetros cuadrados en Rhodesia del Sur y territorios adyacentes. El arqueólogo Summers ha completado hace poco un estudio inicial de las ruinas de piedra de Inyanga en la frontera que separa Rhodesia de Mozambique; y ahora está trabajando con el arqueólogo Robinson en el estudio de los cimientos de los grandes muros que en un tiempo se levantaron en Zimbabwe, con la esperanza de descubrir si esas enormes ruinas son restos de construcciones erigidas por una cultura anterior y más modesta, o si los primeros colonos de aquella tierra levantaron también sus construcciones en



© British Museum.

piedra. Se llenarían muchas páginas si se quisiera enumerar la lista completa de todos los lugares históricos que los arqueólogos modernos han examinado en los últimos veinte años y siguen examinando en la actualidad.

Aún así, sólo estamos al comienzo de esta labor de investigación para reconstruir la historia del Africa pre-medieval y medieval. Detrás de las barreras de la ignorancia podemos entrever un paisaje histórico, rico en ciudades y potentes construcciones de piedra, con el bullicio y la agitación de los puertos, los barcos dispuestos a hacerse a la mar, el esplendor de los ejércitos, la pompa de los estados e imperios, y las convulsiones producidas por el ascenso y la decadencia de las dinastías y los poderes. Pero por el momento sólo podemos vislumbrar la posibilidad de esas realidades soterradas. Lo que ahora se necesita puede expresarse lisa y llanamente en pocas palabras: más dinero y una mayor coordinación de esfuerzos. En lo que concierne al dinero, los recursos de que se dispone son muy escasos aun en los países más favorecidos; muchos territorios que alimentan grandes esperanzas en el campo de la investigación no pasan de ser un espacio vacío en el mapa arqueológico. Por ejemplo, se ignora casi todo de la arqueología del Africa occidental y oriental portuguesas; sin embargo, ambos territorios pueden proporcionar grandes aportaciones, el primero para un estudio de los orígenes de aquellas civilizaciones del Africa meridional cuyas construcciones eran de piedra, y el segundo para investigar los lazos existentes entre esas civilizaciones y las ciudades mercantiles de la costa del Océano Indico.

Sin embargo, esta gran empresa de desenmarañar los restos del pasado de Africa es y debe seguir siendo un esfuerzo internacional. Las contadas conferencias que en los últimos años se han celebrado para el estudio de la prehistoria e historia africanas, han demostrado la ventaja de reunir todos los conocimientos que se van adquiriendo y de proceder a una amplia discusión de tales problemas. Dichas conferencias han estimulado el interés público, creando una atmósfera favorable para intensificar las investigaciones. Es de esperar que todos esos trabajos no sean más que el anuncio de muchas otras actividades del mismo género. Y la Unesco puede, por su parte, aportar una muy eficaz contribución al logro de ese objetivo.



ZIMBABWE LA GRANDE

Ruinas de una alta cultura negra

por Henri Bart

Hace noventa y un años, un cazador llamado Adam Renders volvió hacia el sur desde las inexploradas tierras de lo que había de ser con el tiempo Rhodesia Meridional, allende el río Limpopo, y se hizo famoso con un extraño relato. No muy lejos del río había descubierto unas ruinas altas y grisáceas que sobresalían entre malezas y arbustos. Poco pudo decir de ellas, ya que nunca había visto muros ni torres de ese tipo; pero su relato corrió de boca en boca, haciéndose cada vez más extraño, y quienes lo oían contar creían que, una vez más, Africa dejaba entrever uno de sus sorprendentes secretos. ¿Quién podía sospechar la existencia de una civilización oculta en las planicies septentrionales?

Un geólogo alemán, Mauch, fue el segundo en encontrar esos misteriosos torreones de piedra. Cuatro años después del viaje de Renders, atravesó a su vez el Limpopo y declaró haber visto una fortaleza situada sobre una colina, seguramente copia del templo erigido por el Rey Salomón en el monte Moria, y al pie de la misma, en el valle, las ruinas de un gran edificio de piedra, sin duda copia del palacio que había ocupado la Reina de Saba en Jerusalén, en el siglo X antes de Jesucristo.

La historia corrió por todo el mundo y, trece años después del regreso de Mauch, un escritor entonces desconocido, Rider Haggard, logró fama y fortuna con un libro titulado *Las minas del rey Salomón*, bello relato romántico que habla de diamantes y de Africa. A los pocos años un regimiento británico abrió aquellas tierras a la ocupación europea, y desde entonces llegaron más noticias sobre el extraño país. Se vió que Renders y Mauch no habían exagerado: las ruinas eran en verdad altas y espaciaosas, y su origen constituía un misterio. ¿Podían haberlas construido los indígenas africanos? La idea pareció absurda. Se hubiera dicho más bien que manos extranjeras habían trabajado allí, seguramente algún pueblo conquistador en época muy remota.

«Así, pues, —escribió uno de los exploradores en 1891, año en que los británicos tomaron posesión de esas tierras situadas al norte del río Limpopo— el colonizador inglés se encuentra hoy en la tierra de Ofir, descubriendo otra vez la tesorería de la antigüedad, y muy pronto veremos la imagen de la Reina Victoria estampada en el oro con que el Rey Salomón recubrió su trono de marfil y adornó los pilares de cedro de su templo.»

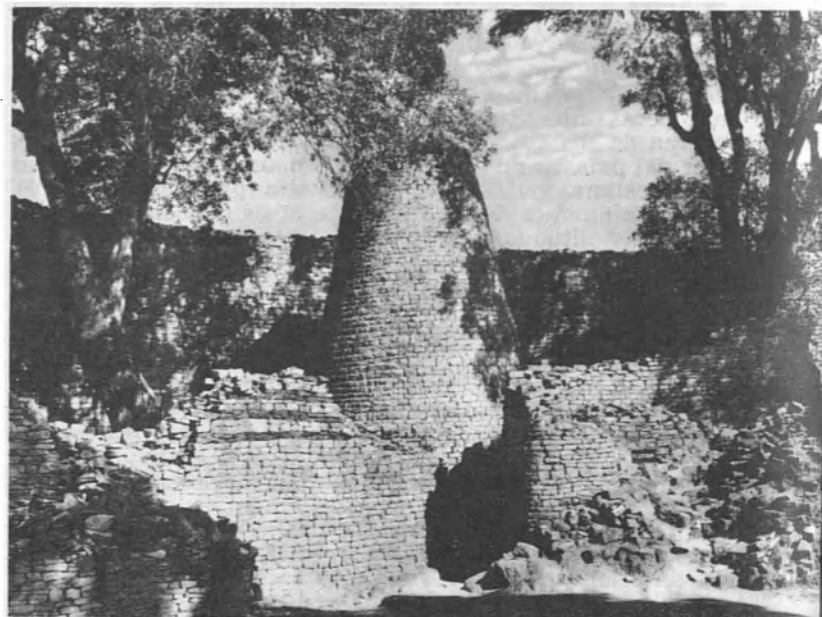
Sin embargo, no tardó en verse que las ruinas de Zimbabwe no eran las únicas que existían en esos lugares. Poco a poco, a medida que las columnas exploradoras se abrían paso hacia el norte a través de las llanuras y se dispersaban a derecha e izquierda, tropezaban con muchas otras ruinas del mismo género. Empero, si ésa era la Tierra de Ofir —origen de todos aquellos talentos de oro que la Reina de Saba regaló a Salomón— debían encontrarse allí sus restos. Muchos discurrieron de esta manera y se apresuraron a explorar la zona septentrional con la esperanza de descubrir algún tesoro. A lo largo de sus exploraciones encontraron señales inequívocas de antiguos trabajos de minería: cientos y aun miles de minas abandonadas, de 10 a 20 metros de profundidad, cubrían todo aquel territorio. Los buscadores de oro denunciaron e inscribieron algunas minas, y no siempre vieron defraudadas sus esperanzas.

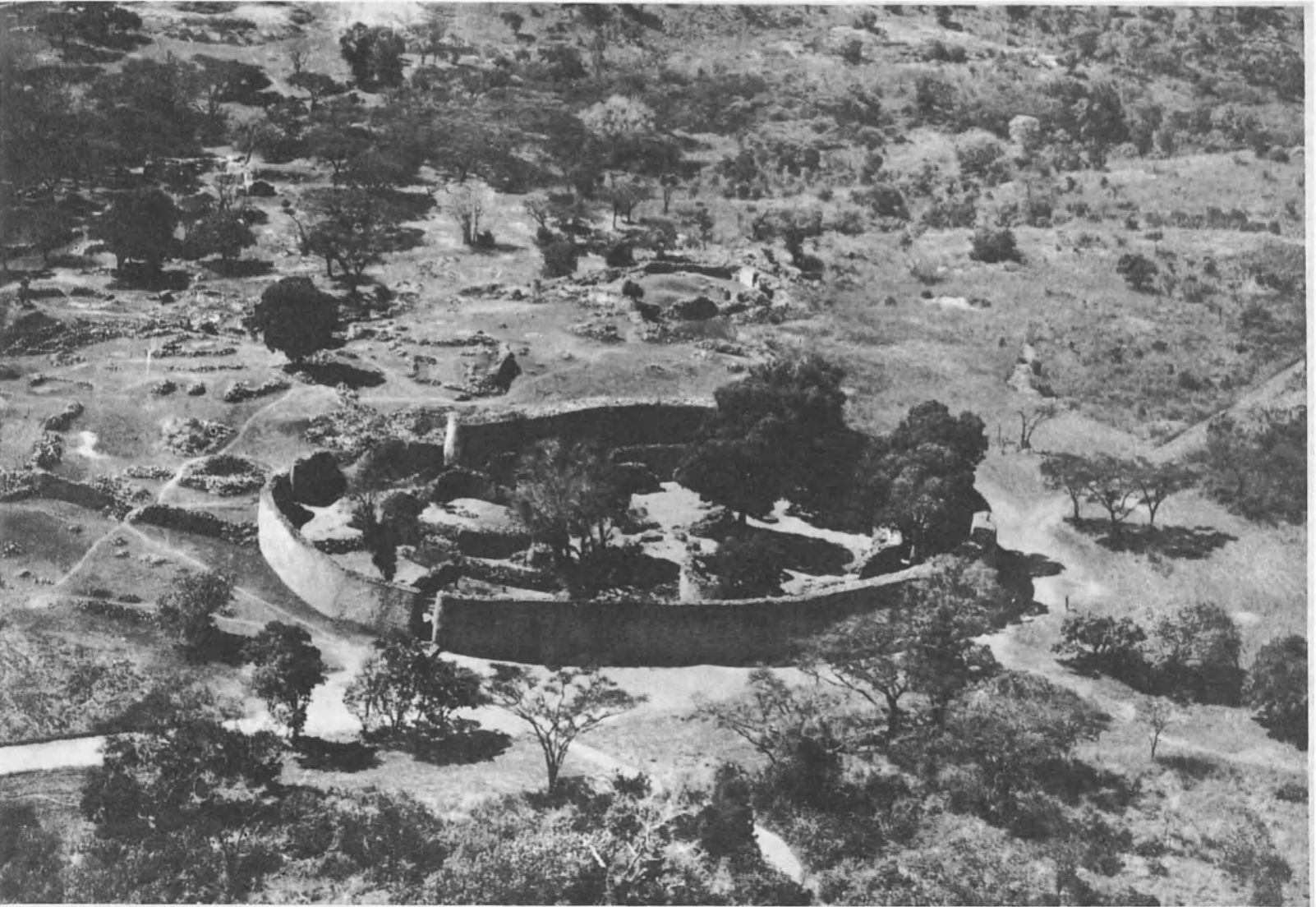
Otros tomaron un camino más fácil hacia la riqueza: saquearon las ruinas. Uno de esos exploradores, llamado

Neal, se asoció con otras personas de Johannesburgo y fundó la *Ancient Ruins Company Limited*. Al final llegó a adueñarse de 500 onzas de oro trabajado, que pilló en las tumbas descubiertas en las ruinas de Rhodesia, antes de que las autoridades, percatándose de que con el oro se perdía también para siempre un rico patrimonio cultural, ordenaran a la Compañía que cesara en su empresa. Este episodio aconteció en 1900. «Pero el daño causado ya era inmenso —escribe J.F. Schofield— porque todo fue tratado con rudeza destructora, y en cuanto al oro fue fundido y vendido en su mayor parte.»

Cuando se trató de explicar los orígenes de esas ruinas y de las minas abandonadas, durante mucho tiempo estuvo de moda la llamada «leyenda de Ofir». Los arqueólogos aficionados que investigaron las ruinas con un ilimitado entusiasmo por todo lo que supusiera antigüedad remota, llegaron a afirmar que éstas eran de origen sabeo y fenicio, y que se remontaban a más de dos mil años antes de la era cristiana. Sostenían que las torres y las murallas almenadas eran evidentemente obra de gentes civilizadas del norte, llegadas del otro lado del mar; no se trataba de trabajos realizados por indígenas de Africa. Nada semejante se encuentra en el Africa meridional; por ello era inconcebible que los salvajes antepasados de los indígenas que los europeos estaban sojuzgando a costa de tantos sacrificios y derramamiento de sangre, hubieran levantado esos monumentos que evocaban un pasado de alta civilización.

Pero unos pocos investigadores no compartían esta opinión. Por el contrario, Selous afirmaba que algunas poblaciones africanas construían todavía edificios de piedra con el mismo procedimiento mientras otros seguían excavando minas. La Asociación Británica entró en la liza en 1905, impresionada por el cariz que tomaban los argumentos. Designó a un prestigioso arqueólogo, David Rendall-MacIver, para que preparara un informe sobre las





discutidas ruinas. Los resultados a que llegó MacIver no hicieron sino echar más leña al fuego. Desechó por infundada la opinión de quienes pretendían que el origen de las construcciones era milenario o extranjero: según él, podía probarse que aquéllas eran relativamente modernas —quizá del siglo XIV o XV después de J.C.— y que habían sido indudablemente obra de africanos.

Los «ofiristas» no se desalentaron, sino que volvieron a la carga. Como resultado de su empeño, un cuarto de siglo más tarde, en 1929, la Asociación Británica nombró a Gertrude Caton-Thompson con el propósito de que sus investigaciones pusieran punto final a la enconada dis-

puta. Tres años más tarde, la prestigiosa investigadora publicó su gran libro, *The Zimbabwe Culture*, y confirmó la verdad de cuanto había dicho MacIver acerca de Zimbabwe. A pesar de que este libro se convirtió por decirlo así en la «Biblia» de toda investigación arqueológica seria en relación con el África meridional en lo que atañe a un periodo relativamente moderno, unos cuantos románticos ilusos siguen apegados a la leyenda de Ofir. Pero los investigadores más autorizados en la materia aceptan hoy en día las conclusiones arqueológicas de Gertrude Caton-Thompson. Investigaciones posteriores han dado por resultado una determinación de la antigüedad de las ruinas por medio del radiocarbono, a base de pedazos de madera sacados de la principal muralla circundante de Zimbabwe; de ellas se deduce que en los siglos VI a VIII después de J.C. existía ya una especie de estructura; hoy en día se reconoce generalmente que esas ruinas datan de un periodo que oscila entre el año 500 y el año 1750 de nuestra era. El laborioso trabajo —aún no terminado— que vienen realizando Roger Summers, Conservador de los Museos Nacionales de Rhodesia Meridional, y sus colegas, ha aportado ya una valiosa información que confirma esas conclusiones.

En resumen: ¿qué cabe pensar de ese notabilísimo conjunto de ruinas de piedra en un territorio de cuyos habitantes no se sabe que hayan construido jamás en piedra, ni poseído una organización política capaz de exigir y explicar la existencia de tales palacios? Los expertos responden que todas esas ruinas de Rhodesia —las más importantes de las cuales son las de Zimbabwe la Grande— indican el primitivo desarrollo y subsiguiente florecimiento de una edad de hierro o edad de los metales que duró doce siglos antes de la llegada de los europeos. Esas ruinas son indiscutiblemente vestigios de una civilización auténticamente africana que, si bien no conoció la escritura y fue técnicamente muy limitada, ofrece una vez más una prueba sorprendente de la destreza e inteligencia que revela la raza humana cuando, como en el caso de estos africanos, debe valerse exclusivamente de sus recursos propios.

Al sur de Salisbury, capital de Rhodesia Meridional, se ven los restos de Zimbabwe la Grande, antigua metrópoli de un poderoso estado negro. Esas ruinas, junto con los vestigios todavía más numerosos de antiguas minas de oro, cobre, hierro y estaño, prueban que en África floreció una importante Edad de los Metales, doce siglos antes de que los europeos penetraran en una tierra que consideraban como enteramente salvaje. Por desgracia, los testimonios más notables de una civilización negra capaz de alzar ciudades como Zimbabwe, se perdieron a consecuencia del saqueo de las ruinas en el siglo XIX, y la consiguiente desaparición del oro, las joyas y otros objetos preciosos. Sin embargo, las ruinas de Mapungubwe, al sur del Transvaal, escaparon al pillaje, y los importantes descubrimientos de objetos de oro y otros materiales que se han hecho en ellas iluminan esa cultura de los metales en cuyo apogeo floreció Zimbabwe. Dos construcciones se destacan particularmente en estas ruinas: La «acrópolis» (arriba, página opuesta), fortaleza construida en la cima de una colina, aprovechando la disposición natural de las rocas, y el «edificio ovalado» (arriba), situado en la llanura al pie de la colina, y cuyas macizas paredes tienen 9 metros de alto y un espesor que llega hasta 6 metros. Dentro de las murallas de la ciudad se alzan los restos de una torre cónica (a la izquierda) en cuya base acaban de hacerse importantes descubrimientos.

Fotos: Oficina del Alto Comisionado de la Federación de Rhodesia y Nyasalandia

Un poderoso reino medieval en las selvas de Nigeria

BENIN

por *Onwonwu Dike*

Director de Investigaciones sobre Benin,
Colegio Universitario de Ibadán

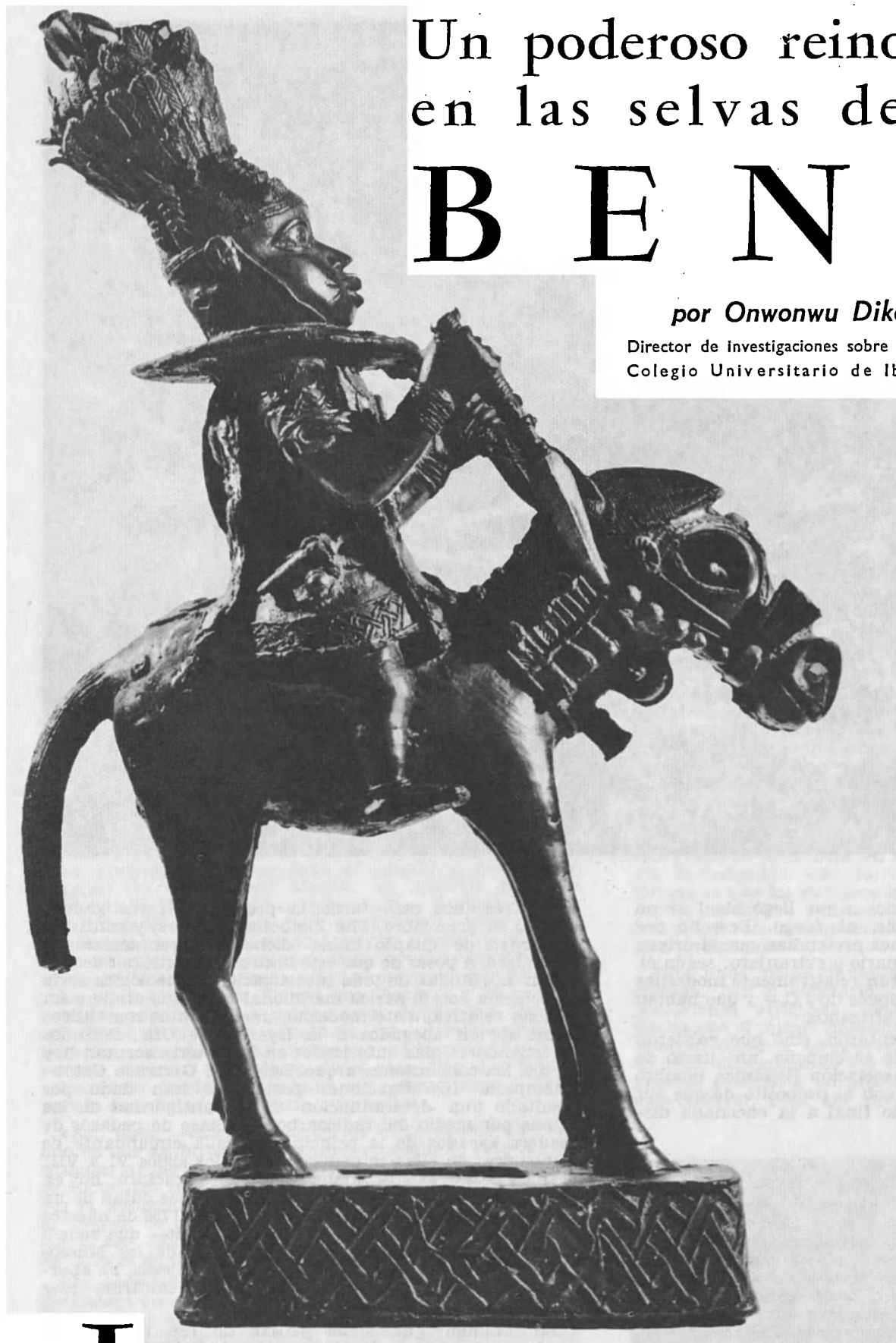


FIGURA ECUESTRE de un guerrero, obra de un artista del reino de Benin, en Nigeria, cuna de notables técnicas ancestrales del vaciado en bronce. Se ha encontrado más de una docena de estatuas de jinetes ejecutadas en el siglo XVII o a comienzos del XVIII.

Foto Eliot Elisofon, procedente de la obra "The Sculpture of Africa" ©, Thames and Hudson, Ltd., London, 1958

Los eruditos africanos que trabajan en las universidades de su país, se esfuerzan cada vez más por levantar el velo que durante mucho tiempo oscureció la historia y la cultura de su pasado. Un ejemplo de ello lo constituye el Departamento de Historia del Colegio Universitario de Ibadán, Nigeria, donde un equipo de investigadores trabaja desde 1956 para establecer y reunir todos los datos referentes al gran reino medieval nigeriano de Benin, cumpliendo sus tareas bajo la dirección de un eminente africano, el doctor Onwonwu Dike, profesor de historia del Colegio Universitario. A falta de archivos escritos, los investigadores de la cultura

de Benin están aplicando una nueva técnica histórica: el uso intensivo de las fuentes no escritas, tales como las comprobaciones arqueológicas, las tradiciones orales, los descubrimientos lingüísticos, los datos etnográficos y el estudio de los objetos. Se espera que estas investigaciones sobre la historia y la cultura de Benin permitirán desarrollar técnicas y principios generales capaces de orientar a los eruditos que se ocupan de la historia de las poblaciones africanas carentes de escritura. En el presente artículo, el doctor Dike nos cuenta la historia de Benin, describiendo sus instituciones, su cultura, y refiriéndose en particular al notable florecimiento artístico del que fue centro y expresión.

El Reino de Benin es indudablemente uno de los más antiguos de Nigeria, y quizá el estado más poderoso de Nigeria Meridional antes de la llegada de los europeos. Sigue siendo el ejemplo más característico de un reino de la selva africana, que tuvo su origen y se desarrolló lejos de la influencia árabe o europea.

El reino de Benin ocupó una zona pequeña y bien definida geográficamente, por lo cual se presta para iniciar los estudios experimentales en esa esfera. Además, entre los pueblos de Nigeria, Benin es el más rico en tradiciones orales y en objetos materiales. Se encuentran allí obras de arte en bronce, marfil, madera, hierro, cerámica y otros materiales que le han dado justa fama en el mundo entero, y que demuestran el alto grado de desarrollo técnico y artístico de su pueblo antes de la llegada de los europeos. Esas obras de arte fueron ejecutadas por encargo de los Obas (reyes de Benin) para conmemorar los acontecimientos y las personalidades más importantes de sus reinos, y tienen por tanto un incalculable valor histórico si se saben interpretar adecuadamente. Por último, Benin es uno de los pocos reinos de Africa Occidental que mantuvieron relación con los comerciantes europeos desde el siglo XV. En 1485 llegaron los portugueses, y más tarde los holandeses, franceses e ingleses. De vez en cuando, los españoles, daneses y brandemburgueses hacían incursiones en busca de pimienta, marfil y aceite de palma del país o para la trata de esclavos. Pero las relaciones entre Benin y los países europeos fueron principalmente comerciales desde 1485 a 1897; y de estas relaciones se conservan cartas comerciales, cuadernos de bitácora, cartas personales y un informe oficial.

Desde el siglo XV, los misioneros católicos intentaron persistentemente, aunque con intermitencias, establecer misiones en el país, y de estos contactos puede haber en los archivos misioneros documentos muy interesantes para la historia del reino. El estudio emprendido está en su fase inicial y una gran parte de esa historia sigue todavía envuelta en la leyenda y en la tradición oral, ilustrada en los bronces y en los marfiles, representada en las costumbres y en el ceremonial, o en los documentos que han dejado mercaderes y misioneros. Cuando estas fuentes se hayan explorado a fondo se tendrá otra visión de la historia de Benin. Ahora sólo es posible hacer una breve descripción de lo que fue este reino medieval del occidente africano.

El país de los reyes sagrados

El antiguo Reino de Benin conservó su independencia hasta 1897, en que fue ocupado por una expedición punitiva inglesa. Estaba situado en la selva de la zona tropical húmeda de Africa Occidental, limitado al este por el río Níger y los vastos terrenos pantanosos de su delta, al sur por el Océano, al oeste por los reinos Yoruba de Oyo e Ijebu, y al norte por las extensas sabanas. Sólo pueden hacerse conjeturas sobre cómo y cuándo se fundó el Reino, ya que los benin no tenían lengua escrita y al llegar los primeros europeos en 1486 encontraron un país en pleno apogeo, con tradiciones que remontaban a un pasado muy remoto. Estas tradiciones, que los benin recuerdan todavía, no hablan de una migración general, sino de una primera dinastía real venida de Ife, la capital espiritual de los pueblos yoruba. La mayor parte de las leyendas relativas a los doce reyes de esta primera dinastía, son de carácter mítico o mágico y arrojan poca luz sobre la historia de Benin. Se dice que una revuelta puso fin al poder de la dinastía, estableciendo una forma de gobierno republicano que no duró mucho tiempo.

Muy pronto tomó el poder un nuevo gobernante que procedía de Ife. Debió instalarse por la fuerza o, como sostiene la tradición, llamado por la población. Fundó una dinastía de reyes (u Obas, nombre por el que se conocen en Benin) que reina aún hoy día. El Oba actual es el 35° de la dinastía. Los nombres de todos los reyes se conocen de memoria, con muy pocas variantes, y la llegada en 1486 del primer europeo, el portugués Joao Afonso d'Aveiro, se sitúa generalmente durante el reinado de Ozolua, décimoquinto Oba. Por lo tanto la fecha más probable de la fundación de la nueva dinastía debe remontarse al siglo XII.

Los Obas más importantes reunían en su persona el poder espiritual, el político y el militar. Ejercían un dominio absoluto, religioso y político sobre sus súbditos, para los cuales su persona era sagrada y dotada de fuerzas sobrenaturales. Todos los actos del Oba, incluso su comida y su sueño, se ajustaban a un complicado ceremonial que

mantenía al monarca recluido en su palacio, excepto con motivo de grandes ceremonias, con lo que aumentaba el respeto y temor de sus súbditos. Como sumo sacerdote de su pueblo, celebraba numerosas ceremonias en honor de los dioses y sus antepasados reales; de sus atributos divinos dependían las cosechas y el bienestar de su pueblo. En estas ceremonias, con sacrificios humanos en muchas de ellas, participaban determinados grupos sacerdotales, pero no había ninguna casta sacerdotal que pudiera imponer sanciones divinas contra el Oba.

Además de estos poderes religiosos el Oba poseía un poder político absoluto cuyo alcance dependía de la capacidad que tuviera para imponer su voluntad por la fuerza o mediante sanciones religiosas. La justicia, la legislación y la dirección de la política interior y exterior estaban en sus manos. Pero en la práctica, incluso el más inteligente o el más tiránico de los reyes se veía obligado a pedir consejo a los notables del Reino y de la corte, y a veces constituía un Consejo Real en el que estaban representados los tres cuerpos de la nobleza del país. Uno de éstos procedía de los tiempos de la primera dinastía, y sus siete títulos eran hereditarios. Los otros dos cuerpos —«jefes de ciudad» y «jefes de palacio»— fueron creados por la dinastía reinante y los títulos eran rara vez hereditarios; el Oba los concedía libremente y añadía otros o los modificaba según las circunstancias políticas. Además de asesorar al Oba, los miembros de esos cuerpos desempeñaban individual o colectivamente todos los trabajos administrativos y rituales. La orden más antigua, *Uzama*, coronaba al Oba, y sus miembros dirigían las acciones guerreras y se encargaban de la vigilancia de una puerta de la ciudad y de la protección del heredero de la corona. Los «jefes de ciudad» secundaban a los primeros en el ejército y eran los sacerdotes del pueblo. Los «jefes de palacio» se ocupaban principalmente del guardarropa del Oba y se encargaban de su servicio personal. Toda la nobleza contaba con jefes militares entre sus miembros.

Para ejercer su poder en las numerosas poblaciones diseminadas en la espesa selva, el Oba encargaba a uno de los miembros de la nobleza el gobierno de una ciudad, de un grupo de aldeas, de una aldea determinada o de un simple caserío. El mandatario del Oba se encargaba de recoger y enviar a Palacio la contribución en alimentos asignada a los lugares de su jurisdicción. Era además el portavoz de sus gobernados cuando éstos querían comunicar directamente con el Oba.

Las contribuciones en alimentos no eran los únicos recursos económicos de la compleja corte de Benin: numerosos esclavos trabajaban para el Oba en la capital, o en aldeas y alquerías diseminadas por todo el Reino. El Oba obtenía además grandes ingresos de su monopolio sobre los artículos más importantes de exportación, sobre todo los esclavos, el marfil y las semillas de palma. La ley y la religión sancionaban esos privilegios. Con la llegada de los europeos los monopolios fueron aún más lucrativos e hicieron que de ordinario el Oba fuera el hombre más rico del país. Sin embargo, un negociante emprendedor podía amasar una gran fortuna, aunque se cuenta que algunas de esas personas perdieron sus riquezas y sus vidas por obra de un monarca celoso.

Una ciudad de casas rojas

La ciudad de Benin, capital del reino, estaba rodeada por una alta muralla de barro y un profundo foso, de forma más o menos rectangular y de cinco kilómetros de longitud. Dentro del recinto, grandes avenidas rectilíneas se cruzaban perpendicularmente, y en ellas se veían ordenadas filas de casas construidas con la tierra roja del país y en un estilo característico. Las casas constaban simplemente de un muro exterior rectangular y de un muro interior paralelo techado con hojas. En el centro quedaba un recinto que, protegido por el alero del tejado y dotado de un sistema de desagüe, podía utilizarse como patio. En cada morada se construían altares para el culto del dios o los dioses que el dueño de la casa elegía según su inclinación o sus deberes. Aparte del dios supremo, los más importantes eran los dioses del mar, del hierro, de la medicina, de la muerte, de la fecundidad y de la adivinación. Pero la característica más particular de la religión del pueblo benin estaba representada por un altar consagrado en cada casa al culto de los espíritus de los antepasados, a los que propiciaban, consultaban y honraban diariamente.

Cuanto más importante era un personaje, más lujosa era su casa. Así, un potentado de la alta nobleza podía

Un poderoso reino medieval

poseer varias casas, que también conservaban el estilo general del país, contruidas dentro de un recinto amurallado. El palacio del Oba se elevaba en un lugar separado del resto de la ciudad, y era el edificio mayor y más intrincado. Se componía de varios patios muy grandes rodeados de galerías y altos muros; se entraba en esos patios por un portillo con un alero muy empinado cubierto de tejamaniles y coronado por una gran serpiente de bronce. En las habitaciones que circundaban los patios vivían los funcionarios palaciegos, la servidumbre y la guardia del Oba. Las caballerizas reales estaban instaladas alrededor de uno de esos patios, y en lo más recóndito del palacio, en el lugar más inaccesible para el visitante, se encontraban los aposentos del Oba y su harén. En todas partes se veían templetos y altares para el culto de los dioses y los antepasados reales; muchos de esos altares estaban lujosamente adornados con colmillos de marfil tallado, cabezas en bronce y figuras de depurada factura. Los motivos ornamentales de muchos pilares y vigas también eran de bronce e ilustraban las gestas de héroes y reyes.

Las obras de arte en bronce y en hierro, las tallas en marfil y en madera, los cueros repujados, los tejidos, las columnas esculpidas, todo ello necesario para el ceremonial de palacio, era obra de diversos gremios muy organizados. Cada uno de estos gremios ocupaba una calle determinada de la ciudad y tenía su propia jerarquía de títulos, con un sistema de aprendizaje y un santuario propio. Algunos gremios, especialmente los dedicados a trabajar el bronce y el marfil, estaban casi exclusivamente al servicio del Oba y de algunos altos personajes de la nobleza. Por lo tanto, una gran parte de la población de la ciudad de Benin trabajaba para el palacio real.

A fin de sufragar los gastos de ese gobierno tan centralizado y complejo, los Obas tenían que imponer fuertes tributos a sus súbditos y asegurar una afluencia constante de esclavos. La necesidad de disponer de esclavos y el deseo de extender sus fronteras mantuvo constantemente al reino en estado de guerra con sus vecinos. Hasta el siglo XVI, el Oba en persona dirigía las campañas, llevando así a su reino a la culminación de su poderío. Los últimos Obas salían raramente de palacio, y dejaron la dirección de la guerra en manos de la nobleza. Los guerreros de Benin, tal como se los representa en los altorrelieves en bronce, iban armados de espada, lanza y escudo. A principios del siglo XVI un Oba, atraído por el deseo de poseer armas de fuego, envió embajadores a Portugal, pero como el Papa había

prohibido el envío de dichas armas a los infieles, tuvo que permitir antes la entrada de misioneros cristianos. Al parecer, durante breves periodos diversas misiones católicas realizaron progresos en la conversión de los príncipes e hijos de los nobles; incluso empezaron a construir una iglesia, pero ya fuese que el Oba dejó de interesarse por las armas de fuego de los portugueses, o que sintiese amenazado su poder sobrenatural, obligó a los misioneros a abandonar el territorio. Es digno de mencionar que el gran periodo de expansión del reino de Benin coincide con la introducción de armas de fuego por los portugueses durante los reinados de Ozolua, Esigie y Orhogba. Ozolua conquistó extensos territorios en Agbor, Kukuruku, Ora y Ekiti. El ejército de Benin ocupó lugares tan apartados como Idah, Lagos, Akotogbo Ikale y Agenebode, en los que ejerció su influencia. Los misioneros portugueses cuentan que acompañaron al Oba en la guerra de Idah en 1515-1516. Grupos de emigrantes de Benin que huían de la opresión en su país, se instalaron en diversos lugares de Nigeria Meridional. Así el príncipe Ginuwa, de Benin, fundó el reino de Warri y, según la tradición, el delta del Níger y el país de Urhobo fueron poblados por inmigrantes de Benin.

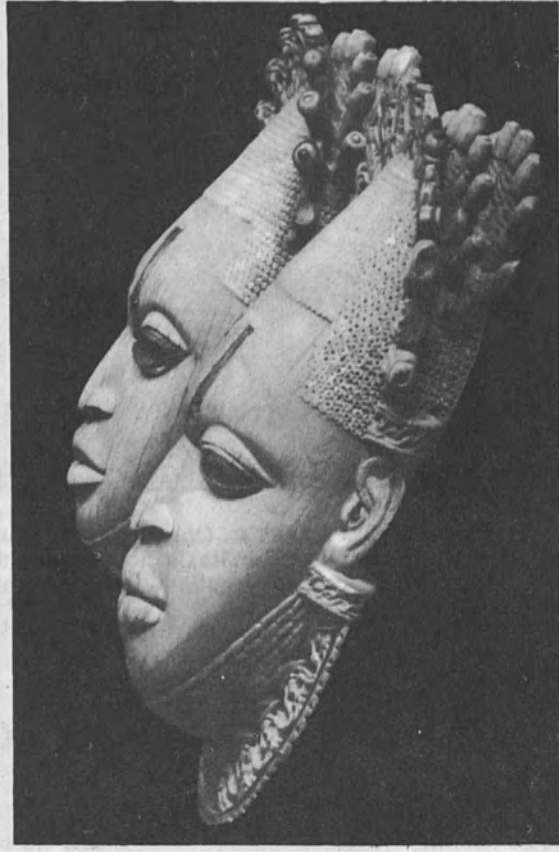
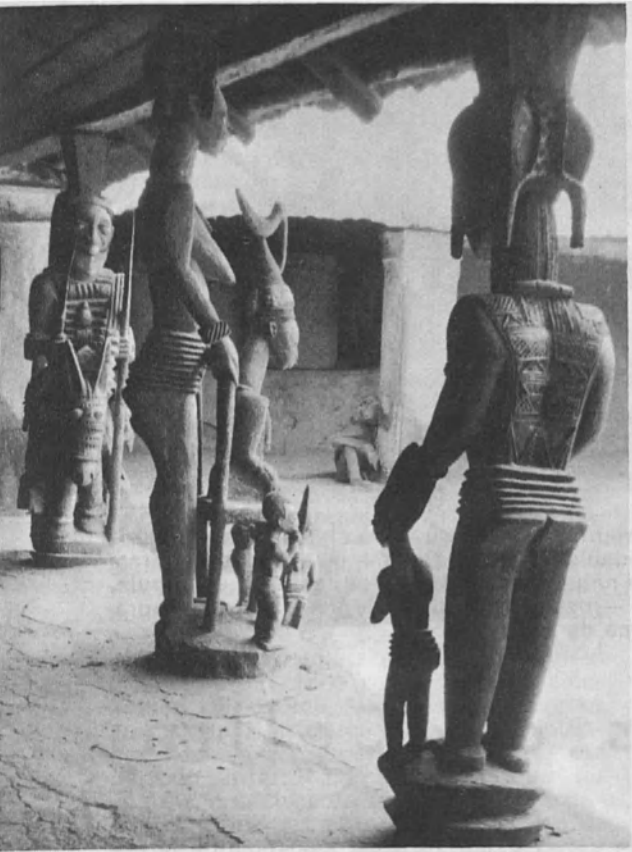
En el transcurso de un siglo los franceses, ingleses y holandeses imitaron a los mercaderes portugueses, comprando millares de esclavos para las plantaciones americanas, así como grandes cantidades de marfil y pimienta. Los Oba necesitaban continuamente nuevos esclavos para alimentar ese mercado, y el hecho de que tuvieran menos éxito en esa empresa que otros países del Africa Occidental demuestra que su poder declinaba al finalizar el siglo XVI. En los trabajos de bronce de la época se observa una decadencia artística, y la propia capital del país fue devastada más de una vez por guerras civiles.

Aunque el poder de Benin declinaba evidentemente en el último siglo de su independencia, el reino conservó sus antiguas instituciones y su cultura sin cambios esenciales hasta el momento de su caída. El estudio de esas instituciones y de esa cultura es muy interesante, porque nos permite conocer en detalle una civilización de la selva tropical que, a pesar del medio en que se desarrolló, poseía una estructura política y social muy compleja basada en una monarquía de carácter divino, cuyo poder se extendía sobre grandes territorios. La cultura de Benin tiene además méritos intrínsecos dignos de nuestra atención, pues las mejores obras de sus artistas constituyen una inspirada expresión de los valores que sirvieron de fundamento a su civilización.

EL PRIMER EUROPEO

que visitó el reino de Benin en 1486, encontró el país en el apogeo del poder. Benin, capital del reino, encerraba en sus altas murallas de adobe una superficie de casi cuatro kilómetros cuadrados, con avenidas que se cruzaban perpendicularmente y en las que se alineaban las casas construidas con la tierra roja de la región. A la derecha puede verse una representación de la ciudad de Benin, según el grabado que figura en la obra de Dapper titulada "Descripción de Africa", publicada en Amsterdam en 1686. Aparece allí el Oba, o rey de Benin, saliendo de la ciudad en el curso de una procesión ceremonial. (El Oba actual es el 35º de la misma dinastía). A la izquierda se ven edificios correspondientes al palacio real.





LAS MÁSCARAS DE MARFIL (a la derecha) son probablemente las obras de arte más valiosas del arte benin. La que aparece en primer término fue adquirida el año pasado por el Museum of Primitive Art de Nueva York, quien pagó por ella 20.000 libras esterlinas; la otra máscara se halla en el British Museum, donde se tomó esta fotografía. Ambas miden unos veinte centímetros de altura, y fueron hechas probablemente en el siglo XVI, a fin de que el rey las llevara en la cintura en el curso de la ceremonia anual destinada a exorcisar los malos espíritus. A la izquierda pueden verse tres postes esculpidos, colocados frente al trono del Ogoga de Ikere, en la región oriental de Yoruba, contigua a la de Benin. Fueron esculpidos hace unos 40 años por Olowe, natural de Ise, uno de los más grandes artistas yoruba.

Fotos © William Fagg, 1959

Ife y Benin

DOS CIMAS DEL ARTE NEGRO

por William Fagg

Conservador Adjunto del Departamento Etnográfico del British Museum

El extraordinario desarrollo de los museos —y más aún la multiplicación de los álbumes de reproducciones de arte que Malraux llama «museos sin muros»— han puesto a nuestro alcance no sólo las obras maestras de las grandes civilizaciones de Europa y Asia, sino también las producciones artísticas infinitamente más variadas de las culturas tribuales del mundo entero.

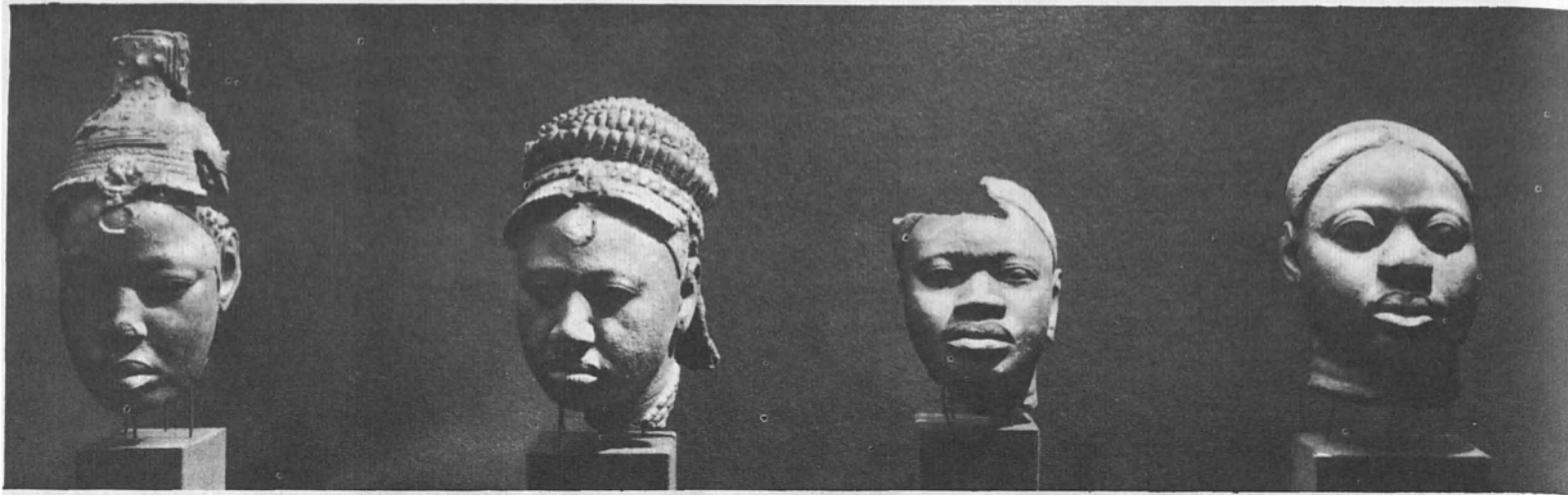
Hace tres siglos que los viajeros y etnólogos comenzaron a descubrir y apreciar las obras de ese género, y los últimos setenta años han sido a ese respecto particularmente fecundos; pero el movimiento artístico moderno nos ha permitido sobre todo conceder al arte tribal la misma consideración estética que a las grandes formas del arte euroasiático.

Francia, Alemania, y más tarde Bélgica, fueron los centros principales donde se desarrolló ese gusto nuevo por el arte tribal (como prefiero llamarlo); por una especie de accidente histórico, las obras de los territorios colonizados por esos países fueron las primeras en despertar el interés de los artistas modernos, y son esas obras precisamente las que figuran representadas más a menudo en las láminas de los álbumes ilustrados que no han dejado de multiplicarse a partir de 1915. Se ha rendido plenamente justicia a las artes del Sudán Occidental, Costa de Marfil, Camerún y Congo; pero las de Nigeria —el más fecundo y poblado de todos los territorios africanos— permanecieron ignoradas, con una sola excepción, por cuanto no estaban suficientemente representadas en los centros donde se elaboraba el arte moderno. La excepción aludida es realmente importante, puesto que se trata del arte de Benin que, después de la expedición británica de 1897, se reveló al mundo civilizado con una fuerza tan desconcertante que no era posible ignorarla. Pero aunque ese arte produjo obras que figuran entre las más bellas de Africa, sus creaciones, muy

abundantes por cierto, estaban lejos de merecer todos los elogios que se les prodigaron. Además, como lo veremos más tarde, no daban una idea exacta del arte africano en su conjunto. Sin embargo, el asombro experimentado por los entendidos al comprobar que los africanos habían sido capaces de vaciar bronce dignos de Cellini, como declaró una de las autoridades de la época, contribuyó mucho a esa evolución gracias a la cual, algunos años más tarde, los medios artísticos de Europa se mostraron dispuestos a aceptar el arte tribal.

Las investigaciones sobre las antigüedades de Nigeria han avanzado rápidamente, sobre todo después de la segunda guerra mundial. Los resultados de los estudios sólo han sido publicados parcialmente, pero ya sabemos lo bastante como para poder presentar un breve cuadro de la evolución del arte de Nigeria que, a la vez que se distingue por su antigüedad, permite suponer que ese país fue el escenario de los acontecimientos más importantes de la historia del arte africano.

Se sabe que Nigeria estuvo habitada en el paleolítico inferior, hace quizá 250.000 años; pero el primer arte del que se hayan encontrado huellas —el más antiguo de toda Africa negra al que puede asignarse una fecha— data del primer milenio antes de J.C. Se trata de la extraordinaria escultura en barro cocido de la civilización «nok» (descubierta en 1943, en las minas de estaño cerca de Jos, por Bernard Fagg, actualmente Director de Antigüedades en Nigeria); gracias a ese útil subproducto de la bomba atómica llamado carbono 14, se pudo determinar recientemente que esa escultura data del periodo comprendido entre los años 900 a. de J.C. y 200 d. J.C. Se han encontrado esculturas del mismo estilo en Nigeria Central, en un territorio de unos 500 kilómetros de anchura, y nada permite afirmar que no se encuentren también en otros lugares. Aunque ese arte tiene cierta



© Musée de l'Homme

CABEZAS PROVENIENTES DE UNA CIUDAD SANTA. Obra de artistas que vivieron hace siete u ocho siglos, estas cabezas fueron descubiertas hace poco por arqueólogos británicos en Ife, la ciudad santa del pueblo yoruba de Nigeria. Destinadas a adornar los altares de los sacrificios, ilustran la tendencia del arte yoruba a la representación naturalista, en la que se respetan escrupulosamente las proporciones anatómicas. Las cabezas, cedidas en préstamo por el Oni —rey y jefe religioso de Ife—, fueron fotografiadas en el curso de la exposición realizada recientemente en el Musée de l'Homme de París.

IFE Y BENIN

(Continuación)

Bronces dignos de Cellini

analogía con el de los etruscos, es muy poco probable que en el curso de la historia haya habido contactos entre ambos; los fragmentos de figuras y cabezas esculpidas de los que hay centenares en el Jos Museum, revelan una asombrosa imaginación artística. El empleo del cono, del cilindro, de la esfera y de otras figuras geométricas en la representación de la cabeza humana, es particularmente notable a ese respecto y no da en absoluto la impresión de que pueda relacionarse ese arte con tradiciones conocidas más antiguas. Sobre todo no se le ha encontrado ningún parentesco con el arte del antiguo Egipto, y no es inconcebible que sus orígenes se sitúen en un periodo anterior a la época predinástica, durante la cual desapareció el arte tribal egipcio.

No es seguro que la cultura «nok» se perdiera sin dejar rastro; más bien pudo constituir una especie de substrato artístico en el que se inspiraron los escultores de las épocas ulteriores. La civilización «sao», que parece haber florecido durante la Edad Media de Europa, y cuyos vestigios fueron descubiertos por Lebeuf en territorio francés, al este y al sur del lago Chad, no parece deber nada a la civilización nok, aunque no es imposible que las excavaciones proyectadas en Bornu (Nigeria) por el Departamento de Antigüedades permitan establecer algunas relaciones entre ellas. De todos modos, hay muchas probabilidades de que el arte de Ife, mundialmente famoso, derive en parte del arte nok. Las tribus yoruba, que hicieron de Ife su ciudad santa y a las que, casi con certeza, debemos los maravillosos bronce y terracotas que se han encontrado allí, parecen haber aparecido más tarde en el territorio nigeriano. La mayoría de ellas llegaron probablemente durante el primer milenio después de J.C., procedentes de las regiones situadas al este. Quizá los aborígenes, que numerosos matrimonios mixtos unieron a sus conquistadores yoruba, habían heredado del pueblo nok el arte de fabricar grandes estatuas de barro cocido para sus santuarios; también es posible que los yoruba, que formaban en Ife una jerarquía a la vez refinada y más materialista, se aficionaran a la representación naturalista. Por lo menos, es la impresión que se saca del estudio detenido de los fragmentos de esculturas que debemos a la civilización nok y a la de Ife. De todas las culturas que han florecido en Africa, son las dos únicas cuyos escultores trataron de esculpir estatuas de tamaño natural de barro cocido; y aunque hayan representado la cabeza humana de maneras muy distintas, los cuerpos y sus abundantes adornos guardan una gran semejanza entre sí. Desgraciadamente, habida cuenta del estado actual de nuestros conocimientos, estas hipótesis son casi imposibles de confirmar.

El arte de Ife se sitúa aproximadamente entre los siglos XII y XIV, basándose sobre todo en la tradición aceptada en Benin, según la cual los Oni de Ife enviaron al Oba

Oguola de Benin, quizá hacia los años 1350-1400 de la era cristiana, un maestro fundidor de bronce para que les enseñara ese arte. Un estudio comparado de los estilos no desmiente esa tradición: las más antiguas cabezas esculpidas de Benin tienen un carácter apenas menos realista que las de Ife, aunque la manera como están tratadas revele una cierta modificación de las técnicas y un interés menos vivo por la representación de la armazón ósea y de los contornos musculares.

Con el arte de Benin abandonamos la prehistoria y entramos en la protohistoria. Más tarde, con la llegada de los portugueses en 1486, penetramos en la historia propiamente dicha (aunque incluso en esa época la historia tribal sigue siendo en gran parte legendaria). Desde fines del siglo XV, una serie de grandes reyes guerreros estableció en Benin un régimen absolutista que subsistió con muy pocos cambios hasta 1897 y cuyas formas exteriores duran todavía. A mi juicio, en la época en que el poderío de Benin estaba en su apogeo debió producirse una desviación sutil pero capital de ese tipo clásico o «puro» de realeza divina, en la que el rey y el pueblo son los elementos interdependientes de una unidad indisoluble donde reside la fuerza vital de la tribu. En Benin, como en el Egipto de las primeras dinastías, ese equilibrio quedó roto y el rey llegó a ser un fin en sí mismo, aun cuando en ambos casos subsistieran las formas exteriores de la realeza divina. El pueblo siguió confiando en el rey para conseguir su bienestar, pero la voluntad del rey dejó de estar subordinada a tal fin. Ese fenómeno tuvo una profunda influencia en el arte de Benin durante los cuatro siglos siguientes.

Tal como se le conoce actualmente, el arte de Benin no es un arte tribal sino cortesano; se trata de un arte ajeno, transplantado a la corte real, y proveniente de la cultura urbana más refinada de Ife. No hay ningún dinamismo en el estilo que se desarrolló en la corte de Benin, como tampoco en el arte de Ife, extraña florecencia de un naturalismo idealizado, a la vez autóctono e importado.



© Musée de l'Homme, París

MASCARA-DIJE procedente de Benin, Nigeria. La cabeza está adornada con una banda de cuentas de coral, y una "aureola" de barbos estilizados.

Digamos más bien que el arte de Benin heredó del arte de Ife sus cualidades esencialmente estáticas. Durante uno o dos siglos, los artistas que trabajaban para la corte (yoruba o benin), aseguraron la supervivencia de un arte más o menos «clásico» y, con obras estéticas y técnicamente dignas de Ife, produjeron algunos trabajos, como las preciosas máscaras de marfil, que constituyen la contribución particular de Benin al patrimonio artístico del mundo.

Pero a fines del siglo XVI, cuando comienza a declinar el reino, asistimos a una transformación concomitante del arte de la corte: la individualización característica del estilo de Ife cede paso a la uniformidad; los bronce se vuelven más pesados y macizos; las obras se caracterizan por una especie de solemnidad que parece responder al instinto de defensa y a la necesidad de compensar por una cierta pompa exterior la pérdida de un poder real. Durante ese periodo de transición, en que el bronce afluyó de Europa en cantidad inagotable, los fundidores del Oba produjeron, en unos 150 años, no sólo numerosas cabezas y figuras sino también centenares de placas rectangulares, que parecen haber estado destinadas a conmemorar grandes acontecimientos o a perpetuar el recuerdo de personajes importantes. Casi todas esas obras tienen un aspecto solemne, que recuerda en cierto modo a la escultura asiria y que, como ella, adolece de las trabas impuestas constantemente a la imaginación del artista. En una palabra, ese periodo al que el Benin debe sobre todo su celebridad, se caracteriza más por la gran competencia artística que por el esplendor de la inspiración. Durante ese periodo intermedio, se diría que los cánones estéticos de Ife ejercieron todavía su influencia entre los fundidores de bronce, lo que les impidió apartarse de las normas que aseguraban la armonía de las proporciones; pero, súbitamente, hacia la mitad del siglo XVIII, dejaron de aplicarse esas normas, lo que entrañó no sólo la aparición de un estilo cada vez más extravagante y exagerado, sino también una extremada diversidad de dibujo, de concepciones técnicas y de calidad. Este último periodo, que duró hasta fines del siglo XIX y vió el nacimiento del comercio destinado al turismo, produjo pocas obras en las que se reconozca la mano de un maestro; la mayor parte de ellas carecen de belleza y están torpemente ejecutadas por artistas incompetentes o mediocres, a los que no salva siquiera una prudente uniformidad clásica. Lo que se sabe de la historia política de Benin en esa época permite pensar que la decadencia del arte de la corte refleja la decadencia cada vez más clara del reino. Por ejemplo, las protuberancias en forma de alas que se encuentran a cada lado de la corona de cuentas de coral del Oba, y que tanto resaltan en las cabezas de bronce, más grandes, parecen haber sido introducidas para dar más esplendor a la corte por el Oba Osemwenede (1816-1848), cuyo reinado coincidió con el ocaso de la trata de esclavos, que perdió su carácter internacional para convertirse en un comercio local mucho menos lucrativo. (Contrariamente a una opinión bastante generalizada, las artes africanas parecen haber sufrido más por la abolición de la trata que por sus excesos anteriores.)

Hacia la misma época, las magníficas cabezas de carneros y de antílopes talladas en madera que los jefes edos colocaban sobre los altares de sus antepasados, y que son productos del arte tribal, comenzaron a ser suplantadas en la misma ciudad de Benin, y con el permiso expreso del Oba, por imitaciones en madera de las cabezas de bronce utilizadas en el culto real; y así, al cabo de unos cuatro siglos, la tradición extranjera que tuvo sus orígenes en Ife, acabó por impregnar y modificar, más bien con detrimento que ventaja, el arte tribal de la capital y de sus alrededores; sin embargo, en muchas regiones apartadas aún se pueden admirar excelentes ejemplares del viejo estilo tribal. Sea como fuere, las obras de arte de Benin sólo constituyen una pequeña parte de la producción artística de Nigeria y, debido a la dualidad que hemos descrito, la parte menos representativa. Mucho más numerosos y variados son los objetos de arte en bronce, hierro, marfil, y sobre todo en madera, obra de la tribu

de los yoruba que, con sus cinco millones de miembros, es la más prolífica de Africa en materia de arte. El estilo de sus esculturas en madera es uno de los más naturalistas del continente; pero resulta imposible afirmar si su naturalismo se deriva del arte de Ife o si, por el contrario, el arte de Ife sólo fue una forma particular de una tradición yoruba más antigua. Aunque en el país yoruba las esculturas se cuentan por cientos de millares, casi todas pueden atribuirse al arte yoruba gracias a ciertos rasgos convencionales, por ejemplo, la forma de las bocas. Las esculturas son extremadamente variadas, y sólo un trabajo minucioso sobre el terreno permite al investigador distinguir, como los historiadores del arte europeo, los estilos y subestilos propios de una región, ciudad, familia de artistas o de un escultor determinado. Esa riqueza del arte de los yoruba se relaciona estrechamente con la gran complejidad de su religión, quizá la más «avanzada» de Africa y en cierto modo semejante al hinduismo y a las antiguas religiones griegas, por la manera en que ha ido humanizando a sus divinidades naturales hasta ver en ellas (que eran originalmente entidades impersonales) reyes o héroes deificados.

Sólo hace pocos años se ha caído en la cuenta de que en el valle inferior del Níger floreció un grupo de fundidores de bronce, cuyas obras no tienen ningún rasgo común con las del arte de la corte de Benin y que revelan una imaginación artística mucho más rica. Quizá la obra más bella es la estatua de un cazador, encontrada en Benin en 1897 y que ahora se exhibe en el British Museum. Muchas de esas producciones parecen guardar alguna relación con las de los yoruba de Ijebu, al oeste de Benin; pero otras parecen proceder de localidades situadas, como Idah, al este de Benin y en las mismas orillas del Níger. Nuestro conocimiento del arte de Nigeria podría hacer grandes progresos en este sentido.

En el mismo delta viven los ijo que, por razones lingüísticas y de otra índole, parecen ser los habitantes más antiguos de Nigeria; sus esculturas en madera, que casi siempre representan divinidades acuáticas y serpientes, son ejemplo notable de un arte tribal muy parecido al cubismo.

Los ibo, que constituyen la mayor parte de la población de Nigeria Oriental, son probablemente tan numerosos como los yoruba, pero su arte es menos prolífico. Son famosos por su aversión a toda autoridad centralizada, y ese individualismo se refleja en su escultura, reveladora de una gran imaginación que da origen a innumerables estilos entre los que es difícil discernir una conexión formal.

La escultura escasea entre las tribus paganas del norte de Nigeria, pero algunas obras, como las figuras de la tribu afo que representan a la madre y al niño, son excelentes. Las mejores de entre ellas pueden compararse con las obras de mayor renombre de los dogon y bambara, del Sudán Occidental.

De todos los territorios africanos, Nigeria es el más rico no sólo por la abundancia de las obras que ha dejado el arte tradicional, sino también por la medida en que se practica ese arte en la actualidad. Sin embargo, el número de escultores fieles a las concepciones del arte tribal tiende a disminuir y rara vez sus obras pueden compararse con las de sus antepasados. Por fortuna, gracias al celo desplegado en los últimos 20 años por algunos funcionarios británicos de Nigeria, y al refinamiento del gusto de las autoridades de ese país, Nigeria cuenta hoy con museos que figuran entre los más ricos y mejor equipados de Africa, entre el Sahara y el Zambeza. Las investigaciones realizadas gracias a una importante ayuda económica extranjera, y bajo la dirección de eruditos del país, enriquecen nuestro conocimiento de la historia de los benin y de los yoruba. Es indispensable estimular esos esfuerzos, pues todavía queda por hacer un inmenso trabajo antes de que sea demasiado tarde. Todos los países —como lo hace Nigeria— pueden dar al mundo artistas cuya producción se inspire en cualquier estilo internacional; pero sólo Nigeria es capaz de aportar al patrimonio artístico de la humanidad la incomparable contribución representada por el arte tribal que, durante miles de años, floreció en su territorio.



© Musée de l'Homme, París

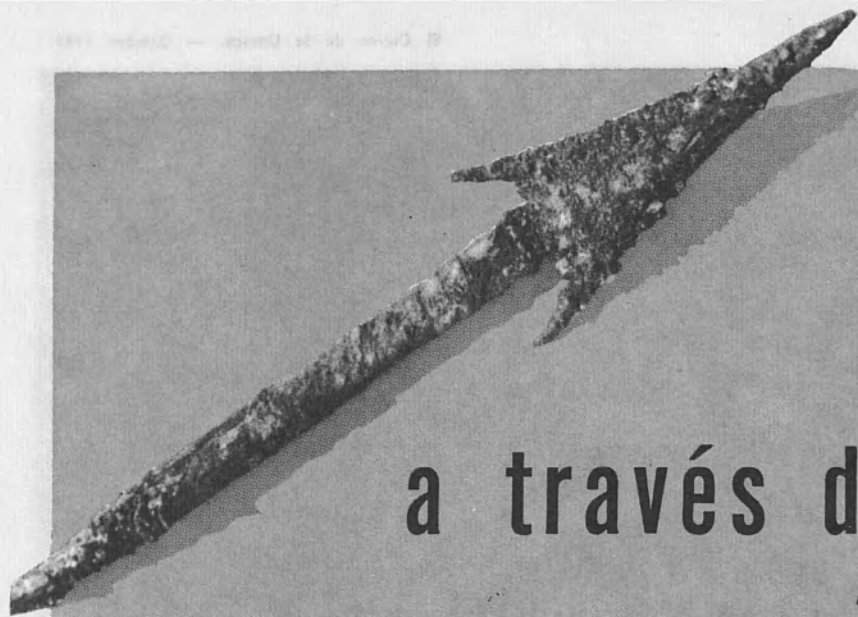
MÁSCARA DE BAILE de los ekoi, pueblo de Nigeria meridional. Este tipo de máscara se usa tanto en las fiestas como en los funerales. La que aquí se muestra pertenece a la colección del Museo Nacional de Estocolmo.

TESOROS EN BRONCE



Antes de que los europeos llegaran al suelo africano, floreció en Nigeria una alta civilización, que produjo entre otras cosas un magnífico arte del bronce. Los reinos de Benín y de Yoruba, así como la ciudad de Ife, son justamente famosos por las múltiples obras maestras en bronce que han llegado hasta nosotros, algunas de las cuales se reproducen en estas páginas. A la izquierda, una brillante muestra del arte de Benín: un cazador acompañado de su perro, trayendo sobre los hombros un antilope muerto. Arriba, dos leopardos, emblemas del poder real, que se cuentan entre las obras más perfectas del arte de Benín. A la derecha, imagen conmemorativa correspondiente al arte yoruba. Descubierta en 1938, esta escultura representa probablemente a un antiguo Oni (rey divinizado) de la ciudad-estado de Ife. Los ornamentos, con excepción de la corona, son similares a los que llevan los actuales Onis en la ceremonia de la coronación.

Fotos: Eliot Elisofon © Thames and Hudson, Ltd., London 1958.



LA RUTA DEL HIERRO a través de un continente

por R.R. Inskip

Conservador en el Museo Rhodes Livingstone de Rhodesia del Norte

El desarrollo de la metalurgia del hierro representó para el mundo antiguo un adelanto revolucionario, que le permitió crear nuevas y más complejas sociedades. Africa no fue una excepción a la regla, pues vio constituirse grandes reinos dotados de un nuevo poder para dominar el suelo y las selvas, e imponerse a sus vecinos que no conocían el uso del hierro. La metalurgia africana fue resultado de la labor de muchas generaciones, que no deben nada a la influencia del hombre blanco. Se sabe actualmente que a comienzos de la era cristiana surgieron grandes civilizaciones del hierro, por lo menos en dos regiones del continente muy distantes entre sí: la de Africa Occidental (Sudán, Dahomey, Ghana, etc.), y la de Africa sudoriental y central. Hasta hace pocos años no se sospechaba que la tecnología del hierro fuera tan antigua en la región central, pero desde 1953 se han acumulado las pruebas que así lo demuestran, tales como el descubrimiento de centros correspondientes a una edad del hierro que coincide con los comienzos de la era cristiana, situados cerca del lago Tanganyika y en otros distritos. La foto de abajo muestra un antiguo horno de fundición descubierto hace poco en Africa del sur; en la de arriba puede verse una antigua punta de flecha de hierro, en cuya asta se advierten las marcas correspondientes a la envoltura envenenada que se le agregaba. Las fotos de la página opuesta muestran los ornamentos metálicos que llevan actualmente las mujeres bantúes de la región.

Fotos Rhodes Livingstone Museum.



Toda persona que en la actualidad tenga que recorrer el Africa encontrará por doquiera —desde Ciudad del Cabo a Nairobi— multitud de pruebas de la existencia de las industrias del hierro y del acero en el continente: ferrocarriles, puentes, edificios reforzados de acero, e incluso barcazas de hierro deslizándose por el tranquilo Zambeza.

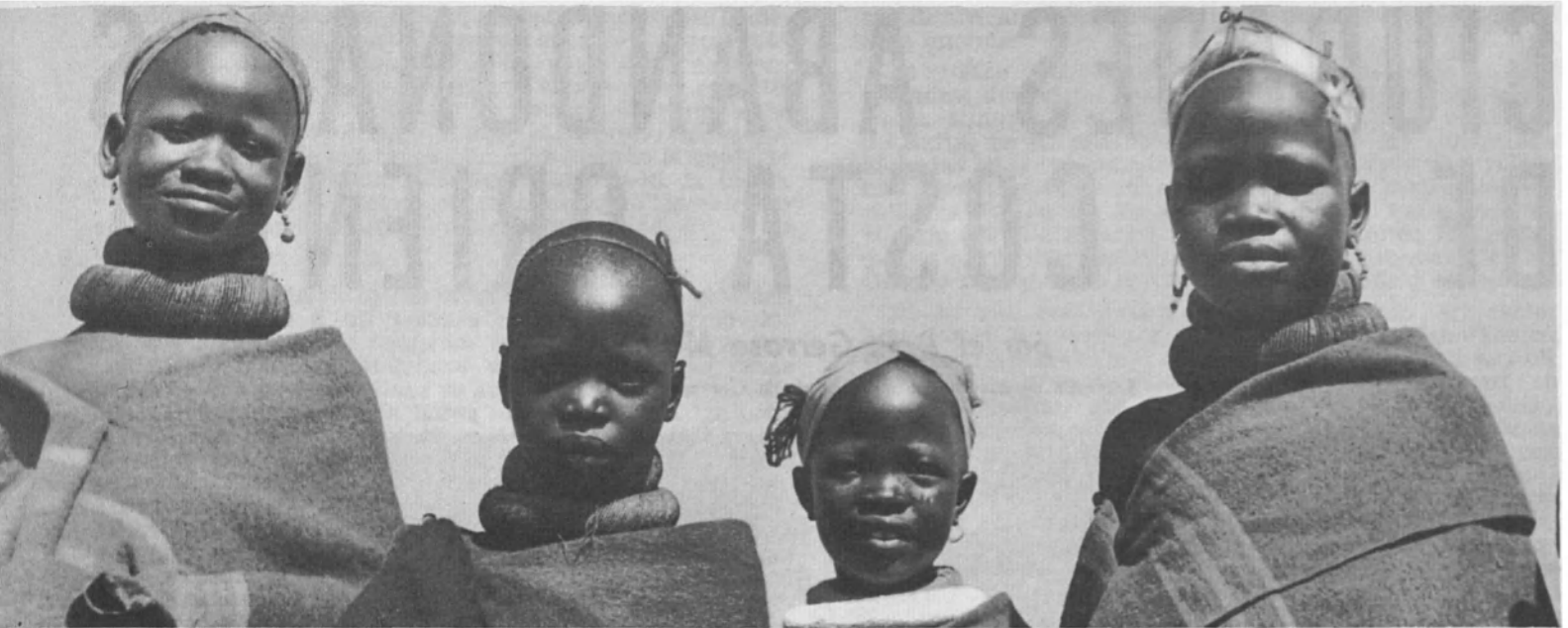
En todos esos casos se trata de productos de la edad de los metales, introducidos en Africa por los colonizadores europeos. Pero el viajero que salga de los caminos trillados advertirá que los africanos de civilización más o menos atrasada también usan el hierro: lanzas y cuchillos, flechas, hachas y azadones, e incluso instrumentos musicales, todos ellos de hierro. Se trata, en este caso, de productos de una industria casera y artesanal que ha venido practicándose tradicionalmente en las aldeas bantúes y en sus alrededores, y cuyo origen es totalmente ajeno a la presencia de los blancos.

En unos pocos lugares de Tanganyika, las selvas ecuatoriales del Congo o el remoto desierto de Kalahari, existen pequeños grupos de pueblos cazadores que todavía desconocen el arte de fundir y de forjar el hierro. Pero incluso estas poblaciones más primitivas poseen actualmente instrumentos y armas de hierro adquiridas, por compra o canje, de sus vecinos bantúes o de los europeos. En algunos casos se procuran fragmentos de chatarra que luego forjan en la forma que necesitan, y no por los procedimientos corrientes de la metalurgia sino aplicando los antiquísimos métodos de la edad de piedra, que consisten en batir y martillar el metal frío con un bloque de piedra sobre un yunque igualmente pétreo.

Es difícil concebir un Africa en la que la metalurgia sea desconocida y donde todos los instrumentos, armas y adornos, sean de piedra, hueso, marfil, madera o cualquier otro material no metálico. Pero los arqueólogos han demostrado que así fue Africa en un tiempo, tal como había acaecido muchos años antes en Europa y en el Oriente Cercano y Medio. Por todas partes en el continente, desde la costa del sur a los límites meridionales del Sahara, se encuentran vestigios de los antiguos campamentos y viviendas de los cazadores paleolíticos. Con menor frecuencia se descubren asimismo fragmentos de cerámica bantú e incluso vestigios de hierro fundido en las viviendas correspondientes al periodo más reciente de la edad de piedra africana. En tales lugares podemos rastrear los primeros contactos establecidos entre los pueblos cazadores del paleolítico y los pueblos agrícolas que fueron los primeros usuarios del metal en el subcontinente.

Los pueblos cazadores poseen por definición una gran movilidad, y se sirven poco de los cacharros embarcosos y quebradizos. Lo menciono porque, en general, solemos enlazar la aparición de la cerámica con la llegada del hierro. La cerámica más antigua de Africa Meridional es probablemente la de los hotentotes, pueblo ganadero y no agrícola, cuya llegada al Africa Meridional precedió a la de los bantúes. Volveremos a referirnos a ellos en relación con la metalurgia.

La introducción de la metalurgia del hierro no constituyó



© H.J. Hahndiek, Paises Bajos

un hecho aislado en el continente sino que se vio acompañado de la difusión de una cerámica bien elaborada y —lo que es más importante— de los cultivos agrícolas. Por regla general, cuando se encuentran vestigios de cualquiera de estas tres cosas, se puede inferir la presencia de las restantes. La agricultura permitió al hombre producir sus alimentos en vez de tener que cazarlos o recogerlos de la naturaleza. Por primera vez en la historia fue posible establecerse en aldeas permanentes, lo que condujo al desarrollo de sociedades más complejas y compactas, en las que se disponía de más tiempo para desarrollar las artes y oficios. El advenimiento de esos primitivos agricultores en África Meridional, con sus conocimientos de la metalurgia y de la fundición, constituye el cambio más significativo experimentado por el país durante medio millón de años de presencia humana.

¿Quiénes fueron los primeros que se sirvieron del hierro en África del Sur? ¿De dónde procedían? ¿Y cuándo aparecen en escena por primera vez? Forzoso nos es reconocer que no podemos contestar por completo a estas tres preguntas. Sin embargo, poseemos algunos indicios y los arqueólogos no cejan en sus esfuerzos para encontrar nuevas pistas.

De los hititas a los bantúes

En el inmenso periodo paleolítico y entre las varias culturas representadas en el mismo se pueden establecer divisiones y fijar algunas fechas en relación con acontecimientos geológicos; pero la edad de hierro es demasiado reciente para que la geología pueda orientarnos. Hay que buscar más bien la ayuda de los primeros exploradores europeos, en cuyos escritos podemos aprender algo sobre el antiguo uso de los metales en el extremo meridional del subcontinente.

De documentos cuya fecha se remonta a 1510 se desprende que los hotentotes de El Cabo no poseían instrumentos, armas o adornos de metal en aquel entonces y que, durante los siglos siguientes, sólo asimilaron el arte de la metalurgia como resultado de las visitas de los buques holandeses. Siempre dependieron de dichos buques para procurarse el material bruto. En 1661, una expedición enviada por Jan van Riebeeck al país de los hotentotes de Namaqua, situado a unas 200 millas de El Cabo, encontró a esas poblaciones en posesión de cuentas y cadenas de cobre y hierro, que ellos mismos habían extraído y fundido. Existen también informaciones semejantes, fechadas en 1719 y relativas a los hotentotes Ba Tlaping, de los que hay que decir sin embargo que estaban en contacto bastante estrecho con los primitivos bantúes de la región. Colegimos de todo ello que, en la extremidad meridional, la metalurgia constituye una actividad relativamente reciente, cuya práctica fue enseñada con toda probabilidad por los primeros inmigrantes bantúes de los siglos XVI y XVII.

Si la metalurgia del hierro fue introducida por los bantúes que se dirigían hacia el sur, cabe esperar encon-

trarla establecida en épocas tanto más anteriores cuanto más al norte nos dirigimos. Por lo que se refiere al África Central, la arqueología corrobora este hecho. Allí, sin embargo, resulta mucho más difícil establecer fechas por no existir documentos anteriores al siglo XVIII, teniendo además muy poco valor los escritos que anteceden a las exploraciones de Livingstone en la segunda mitad del siglo XIX. La cronología debe basarse exclusivamente en datos arqueológicos establecidos con el método radioquímico, que consiste en someter a examen los carbones encontrados en los restos de antiguos solares y viviendas para fijar aproximadamente la antigüedad de los mismos.

Haciendo una digresión, examinemos brevemente en qué época el conocimiento de la metalurgia del hierro puede haber penetrado en África. En Mesopotamia se encuentran objetos de hierro en depósitos que datan de mediados del tercer milenio antes de J.C. Sin embargo, el verdadero centro de la producción de hierro en las épocas prehistóricas se localizó en el imperio de los Hititas, entre 1400 y 1200 antes de J.C., desde donde la industria del hierro se extendió con toda probabilidad hacia Europa y, en dirección meridional, hacia Egipto y otras localidades de la costa septentrional de África. De todos modos, los objetos de hierro no empiezan a ser de uso corriente en Egipto hasta los años 600 a 500 antes de J.C. Los habitantes de Meroé, isla del Nilo situada inmediatamente al norte de Khartum, conocían el uso del hierro, habiéndose encontrado vestigios de establecimientos que pueden vincularse con Meroé por su cerámica, en lugares situados mucho más al sur a lo largo del Nilo Azul. Allí podemos ver un indicio de la ruta por la que posiblemente se fue introduciendo el hierro entre las poblaciones que luego transportaron su uso al emigrar a otras regiones de África Central y Meridional. Se han sugerido también como puntos de penetración el Cuerno de África y la Costa Oriental. También pudo serlo la costa occidental de África, que linda con el desierto del Sahara. Por el momento no tenemos pruebas suficientes en favor de cualquiera de esas hipótesis, aunque las características físicas de los bantúes, que constituyen el principal elemento etnográfico de la población africana, parecen indicar que esas poblaciones proceden del noroeste del continente.

Algunos lugares de interés arqueológico en las dos Rhodesias contribuyen a proporcionarnos datos de mayor certeza cronológica. En Kalambo Falls, en la extremidad meridional del lago de Tanganyika, el Dr. J. D. Clark descubrió un depósito de barro arcilloso de 9 metros de profundidad, que contenía cerámica de la primera edad del hierro en todos los niveles desde la superficie al fondo, encontrándose asimismo escorias ferruginosas en algunas capas, vestigios de antiguos hogares y pisos de arcilla. Se estima que los restos de carbón encontrados cerca del nivel medio de dicho depósito corresponden al 1000 antes de J.C. aproximadamente. Teniendo en cuenta que la cerámica es de un tipo anterior, puede pensarse que los vestigios pertenecen a una aldea de las primeras poblaciones conocedoras de la metalurgia del hierro que llegaron a Rhodesia del Norte.

CIUDADES ABANDONADAS DE LA COSTA ORIENTAL

por el R. P. Gervase Mathew

Profesor de estudios bizantinos de la Universidad de Oxford



Foto Public Relations Office, Territorio de Tanganyika

EN LA COSTA ORIENTAL de Africa, antes de la llegada de los europeos, surgieron diversas ciudades dedicadas al tráfico marítimo. La mayor de ellas fue Kilwa, situada en una isla frente a la costa de Tanganyika; abarcaba más de un kilómetro a lo largo del litoral, y penetraba medio kilómetro hacia el interior. Actualmente, sólo las insignificantes chozas de una aldea se amontonan en torno a ruinas como las del viejo fuerte (arriba). Enriquecidas por el comercio del Océano Índico, vinculadas con regiones tan distantes como Siam y China, estos mercados del litoral alcanzaron su apogeo entre los siglos XIII y XV de nuestra era. Su decadencia se debió a la aparición de los portugueses, cuyos descubrimientos modificaron las inmemoriales rutas del comercio del Océano Índico.

Las riberas occidentales del Océano Índico están sembradas de restos de ciudades en ruinas.

Actualmente se sabe que la mayor parte de ellas datan de los siglos XVII y XVIII, y en algunos casos se trata de ciudades completamente abandonadas y casi tan bien conservadas como Pompeya; tal es el caso de Au Garvin, al norte de Merca (Somalia), y Kua, en las Islas Mafia, cerca de la costa de Tanganyika. A veces entre las ruinas se encuentran las chozas de caña de una aldea de pescadores. Pero el rasgo común de todas ellas es la abundancia de fragmentos de porcelana china azul y blanca, y la similitud de las casas y palacios, mezquitas y tumbas adornadas con columnas. Representan la cultura swahili de la costa, correspondiente a la época en que declinaba el poderío de Portugal y nacía en el siglo XIX el imperio árabe de Zanzíbar. Forman un grupo de pequeñas ciudades-estados, oligárquicas en su estructura social, y que se enriquecieron con el comercio de marfil y de

esclavos. Su cultura fue compleja y, en muchos aspectos, hasta refinada. Los pequeños palacios de coral, de dos pisos, estaban rodeados de casas de nobles, y parecería que los ricos habían llegado a un nivel de lujo considerable. En las habitaciones interiores había nichos muy trabajados para exponer las porcelanas; como dice un proverbio swahili, escaleras de plata conducían a camas de marfil. Era una cultura que poco a poco fue desarrollando sus propias formas de arte, con un estilo complicado que encuentra expresión en la madera tallada, los tejidos multicolores y la poesía.

Todo ello fue posible únicamente por el comercio que llegó del sur impulsado por el monzón. Pero las ciudades siguieron siendo africanas. Es significativo que de los centros comerciales del Océano Índico, fueran las únicas que no utilizaron la moneda en los siglos XVII y XVIII, excepto como amuletos en algunos casos. Su sistema económico se basaba en el intercambio de objetos, y los abalorios y piezas de tela hacían las veces de moneda. Aunque nominalmente islámicas, parecería que las principales fuerzas religiosas eran el temor a los aparecidos, la creencia en el sacrificio propiciatorio que le acompañaba, y un complicado arte de brujería. Las mujeres ocupaban una posición social muy diferente de la que se le reconocía en las demás regiones del Océano Índico. Eran las guardianas de los objetos rituales de cada pequeño

* Con la ayuda del Dr. Freeman-Grenville, el Profesor G. Mathew ha terminado un estudio arqueológico de la costa y de las islas, desde el sur del Protectorado Británico de Somalia hasta el África Oriental Portuguesa. La Oxford University Press publicará un mapa arqueológico de los lugares estudiados, como parte del primer volumen de una Historia del África Oriental.

Estado; con frecuencia desempeñaban funciones directivas, y parece que hasta «las decoradas» (cortesanas) tenían una cierta posición social. Un noble debía comportarse como un auténtico africano; el autor de «Al Inkishafi», el poema swahili más importante, recuerda a los nobles de Pate en el siglo XVIII, arqueando sus largos cuellos y moviendo sus brazos flexibles cuando la gente se detenía a contemplarlos. Más significativo aún, la fuerza y el espíritu de cada Estado se concebía como simbolizado en un sólo objeto sagrado, un Cuerno de Marfil o un Gran Tambor.

Existen también ruinas de ciudades mucho más grandes, correspondientes a un periodo muy anterior. Sólo dos de esos lugares están ocupados total o parcialmente por ciudades modernas: Mombasa y Mogadiscio. Las casas bajas de una pequeña aldea se apiñan entre los altos edificios en ruinas de la Isla Kilwa, en Tanganyika. Un poco más al sur, la ciudad palaciega de Songo Mnara ha sido invadida por la maleza. En Kenia la ciudad de Gedi se extiende, totalmente abandonada, en medio del bosque. En Port Durnford (Somalia) una extensión de unos dos kilómetros y medio a lo largo del estuario está sembrada de fragmentos de piedras y ladrillos, y se ve alguna que otra columna que se destaca entre las chozas de caña de los pescadores Baguni.

Lo que más sorprende es la extensión de cada uno de esos lugares. Se calcula que cuando llegaron los portugueses, Mombasa tenía unos 20.000 habitantes. En la Edad Media, Mogadiscio era todavía mayor y se extendía hasta más allá del actual aeródromo de la moderna ciudad de ese nombre. La ciudad medieval de Kilwa abarcaba más de kilómetro y medio a lo largo de la costa y unos ochocientos metros hacia el interior.

Todas estas ciudades se enriquecieron gracias al tráfico del Océano Indico, y sus redes comerciales llegaban hasta Siam y China. Exportaban esclavos, pero es fácil exagerar la importancia de este comercio para su economía; quizá la mayoría de los esclavos negros eran transportados por mar a los mercados árabes meridionales, desde puertos situados más al norte, como Aidhab en el Mar Rojo, Zeila o Berbera. Pero Mogadiscio y Kilwa se hicieron ricas como puertos de almacenamiento para el comercio del oro que tenía su origen más al sur, en Rhodesia. Los pedidos de

marfil africano que llegaban tanto del este como del norte eran enormes.

No se sabe todavía con certeza cuándo se formaron esas ciudades; durante el periodo romano hubo centros comerciales, aunque el más importante de ellos, la metrópoli de Rafta, no ha sido localizado aún; se han encontrado monedas griegas y romanas en Puerto Durnford, y romanas y persas en Zanzíbar. Sin embargo, su mayor prosperidad se sitúa entre los siglos XIII y XIV. Parece que en el siglo XV comenzaron a declinar, y cuando los portugueses cambiaron las inmemoriales rutas comerciales del Océano Indico, llegó el momento de su ruina y olvido.

En su día, esas grandes ciudades fueron un factor esencial de la estructura del comercio del Océano Indico, cosa que no sucedió con las pequeñas poblaciones swahili. Las excavaciones llevadas a cabo por Kirkman en Gedi demuestran que en la región de Malindi (Kenia), la principal moneda de intercambio era la concha de un molusco llamado cauri. Pero en otras partes regía una economía basada en la moneda, y se sabe que durante la Edad Media hubo tres casas de moneda en el África Oriental. El número y la decoración de las mezquitas indican que todas las ciudades medievales llegaron a ser islámicas, pero ya no es posible considerarlas como colonias persas o árabes aunque algunas, como Kilwa y la antigua Zanzíbar, pudieron constituirse alrededor de una colonia comercial procedente del Golfo Pérsico. Las ciudades que nos describen los geógrafos medievales parecen estar habitadas por negros, con características aún más negroides que las de los actuales moradores de aquellas costas. En el siglo XIV, refiriéndose a los habitantes de Kilwa, Ibn Batuta los describe como muy negros y con incisiones en el rostro; en cuanto a su descripción de la ceremonia real en Mogadiscio —el paraguas de gran ceremonial y los pájaros de oro que coronaban los báculos— son reminiscencias de las monarquías del África Occidental. Un chino que visitó Mogadiscio en el siglo XV señala la existencia de altas casas de piedras de «cuatro o cinco pisos», y refiere que las mujeres «aplicaban un barniz amarillo a sus coronillas afeitadas, se colgaban sartas de discos en las orejas y adornaban sus cuellos con aros de plata».

Mi opinión actual es que las ciudades abandonadas de la costa oriental de África eran ciudades puramente africanas.

LA RUTA DEL HIERRO

Viene de la pag. 21

Otro interesante lugar de interés arqueológico, muy discutido, lo constituye Zimbabwe en Rhodesia Meridional. A la luz de los descubrimientos científicos, puede descartarse como producto de la imaginación el que esas ruinas desconcertantes perteneciesen a un templo de la reina de Saba o a una construcción fenicia. Las cuidadosas excavaciones practicadas y un examen detenido de los objetos encontrados demuestran con toda evidencia que Zimbabwe fue un establecimiento de los primeros colonos bantúes, los mismos que introdujeron en el país los procedimientos de la agricultura y de la metalurgia. Una fecha obtenida por el procedimiento radioquímico sugiere que Zimbabwe estaba habitado en el VII siglo después de J.C., aunque hay que reconocer que, por razones técnicas, esta fecha resulta algo sospechosa.

La cerámica de las capas superiores de Zimbabwe está estrechamente relacionada con diversos yacimientos de Rhodesia del Norte. Dos de ellos, situados al sur de Barostseland, han sido atribuidos mediante la prueba radioquímica de los carbones, a una época que se sitúa entre los años 100 y 400 de nuestra era. Desgraciadamente, y debido sin duda a las propiedades ácidas del suelo, no han podido descubrirse vestigios de hierro en ninguno de esos lugares, cuyas características principales tampoco se han determinado por falta de excavaciones apropiadas.

Un descubrimiento más reciente, efectuado a unas 100 millas al norte de las cataratas de Victoria, puede ayudarnos a establecer un vínculo entre los lugares habitados por las primeras poblaciones de la edad del hierro y los pobladores actuales. En un pequeño solar denominado Kalomo, se ha descubierto lo que constituye virtualmente un minúsculo «tell», esto es, un montículo formado por la acumulación secular de escombros. Los habitantes de

esa antigua aldea vivieron tanto tiempo en el mismo lugar que acabaron por instalarse sobre la acumulación de sus propios escombros, a una altura de 3 metros. Una excavación provisional mostró que los últimos habitantes vivieron allí hace relativamente poco, tal vez en el siglo pasado. No se ha podido determinar todavía la fecha de las capas más inferiores pero sin duda remontan a varios siglos. Los habitantes del lugar eran agricultores que se adornaban con caracoles y manufacturaban navajas y flechas de hierro. Esculpián también estatuillas representando ganado y ovejas de espesa cola, sin que sea posible determinar si se trataba de juguetes infantiles o de imágenes dedicadas al culto de la fertilidad. Es muy posible que el terraplén artificial de Kalomo estuviese fortificado, sin que sea posible decir por ahora si lo era como protección contra los ataques de los vecinos bantúes o contra las acechanzas de las últimas tribus paleolíticas cuyo territorio habían invadido.

En resumidas cuentas, podemos afirmar que el periodo en cuestión no ha sido suficientemente estudiado como para permitirnos describir con detalle lo que acaeció durante la etapa de transición entre la edad de piedra y la edad de los metales. Sin embargo, podemos decir que la metalurgia del hierro no tuvo un origen autóctono en África Meridional sino que fue introducida por pueblos inmigrantes, por simples poblaciones agrícolas procedentes de alguna región desconocida, sea del nordeste o del noroeste del subcontinente, o tal vez de ambas regiones, que llegaron al África Central poco después de iniciarse la era cristiana pero que no alcanzaron la extremidad meridional hasta una época tan tardía como los siglos XV o XVI de nuestra era. Esas poblaciones migrantes eran sin duda alguna los antecesores directos de los actuales pobladores de lengua bantú.

KUMBI SALEH

antigua capital del “país del oro”

por Raymond Mauny

del Institut Français d'Afrique Noire, Dakar (Senegal)

El 6 de marzo de 1957 se creó en las riberas del golfo de Guinea el Estado de Ghana, donde antes existía el territorio británico de Costa de Oro.

¿Por qué se escogió este nombre —Ghana—, que habrá parecido extraño a las personas que se interesan por la historia de Africa? En realidad, ningún territorio de la antigua Costa de Oro formó parte del Imperio de Ghana que, desde el siglo VII al XIII, ejerció su influencia sobre el Sudán occidental y el sur del Sahara, aunque sus límites meridionales no pasaran probablemente más allá del Níger.

Algunos autores han formulado la hipótesis de que los Alkan, una de las principales tribus del territorio, tenían cierto parentesco con el Imperio de Ghana; pero lo que parece determinante en la selección del nombre es el prestigio de que gozaba el primer gran imperio sudanés.

No se conocen con certeza sus orígenes, pues los únicos textos que abordan el tema, el *Tarikh el-Fettach* y el *Tarikh es-Soudan*, escritos ambos por autores cultos de Tombuctú, pertenecen a épocas muy posteriores (siglos XVI-XVIII): en ellos se mencionan numerosos reyes que debieron reinar antes de la hégira.

Pero, para limitarnos exclusivamente a datos concretos, digamos que la primera mención del Imperio de Ghana se debe al astrónomo Al-Fazari, que poco antes del año 800 lo llamó el «país del oro». También se encuentran breves alusiones en los escritores de los siglos IX y X, y hay que llegar a El-Bekri (1067) para leer la única descripción acertada del Estado y de su capital.

En la época de su apogeo el Imperio se extendía desde el Sahara, el Níger y el Senegal Medio hasta la región del Lago Debo. A pesar de su gran tolerancia hacia los musulmanes, este imperio de creencias animistas hacia sombra a los fanáticos almorávides, que lo conquistaron en 1077.

Una dinastía árabe, tal vez de origen jerifiano, sustituyó a los reyes negros sarakolé y, hasta su destrucción por los mandingas en 1240, su capital continuó ejerciendo una importante función comercial de intermediaria entre los comerciantes arábigo-bereberes del Magreb y de Egipto y los del África Occidental, los «Diula». Allí se trocaba el oro del Sudán por la sal del Sahara y los productos manufacturados del mundo mediterráneo.

Por lo menos durante 500 años, la ciudad de Ghana fue uno de los mercados más conocidos del mundo musulmán, antes de que sus actividades comerciales pasaran a Ualata, fundada en el siglo XIII, y más tarde a Tombuctú, que suplantó a la anterior en el siglo XV.

¿Qué ha quedado de todo esto? Por muy curioso que parezca, hacen apenas 45 años que A. Bonnel de Mezières, basándose en datos del historiador Maurice Delafosse, encontró las ruinas de la vieja capital: se trataba de la localidad llamada Kumbi Saleh, situada a 330 kilómetros al norte de Bamako, exactamente al norte de la frontera de Mauritania, a los 15°, 41' de latitud norte, y a los 8° de longitud oeste.

La hipótesis más plausible presentada por los investigadores es la que identifica la ciudad de Ghana, al menos la de los mercaderes descritos por El-Bekri, con las ruinas de Kumbi Saleh; el *Tarikh-el-Fettach* menciona expresamente que la capital de Ghana «era Kumbi, que es una gran ciudad», y a principios de este siglo todavía se conservaba viva en Ualata la tradición de la concordancia entre Kumbi y Ghana. Señalemos a la vez que nos estamos refiriendo al grupo más importante de ruinas del Sahel mauritano, y que todo el material encontrado corresponde a la alta Edad Media.

En cambio, a pesar del examen de las fotografías aéreas y los reconocimientos terrestres, no se ha podido encontrar aún rastro alguno de la ciudad del rey, situada según El-Bekri a unos 10 kilómetros de la ciudad de los mercaderes.

Millares de tumbas y ninguna lápida

Las ruinas de Kumbi Saleh abarcan un kilómetro cuadrado aproximadamente, entre dos pantanos generalmente secos, y están flanqueadas al noroeste y al sudeste por dos necrópolis que cubren casi el doble de esa superficie.

En las cercanías de la ciudad hay una enorme cantidad de restos de cerámica, y seguramente se alzaban ahí innumerables chozas de paja. Pero todas las construcciones de la ciudad eran de piedra, una pizarra gris que abunda en aquellos parajes y que puede cortarse perfectamente en placas, constituyendo así el material empleado tanto para las muros como para los pavimentos, las decoraciones, las lápidas de los cementerios, etc.

Las casas tenían varios pisos que, al hundirse, cubrieron la planta baja, que se encuentra así magníficamente conservada bajo cuatro metros de escombros por término medio. El centro de la ciudad se sitúa en torno a una gran plaza de donde arrancan varias calles, entre las cuales la más importante y ancha se dirige hacia el este y lleva en los planos el nombre de «Gran Avenida». Estaba bordeada por edificios bastante altos; uno de ellos era una mezquita cuyo *mirhab* ha podido desenterrarse. A pesar del derrumbamiento de los muros, las calles son muy visibles, tanto en el suelo como en las fotografías obtenidas desde el aire.

Como ya hemos mencionado, hay dos importantísimas necrópolis en los alrededores de la ciudad. La del noroeste comprende, en su parte más próxima a la ciudad, tumbas musulmanas muy sencillas bordeadas de piedras. Más lejos se descubren sepulturas colectivas cercadas de muros. La más importante está rodeada de seis muros cuadrados concéntricos, de los cuales el del exterior mide casi un kilómetro de longitud, y que se agrupan alrededor de la llamada «tumba de columnas».

Conviene señalar que a pesar de los millares de tumbas de estos cementerios, no se ha encontrado ninguna lápida

antigua: parecería que el frágil material de pizarra con que estaban fabricadas ha sido destruido por los rebaños, las bestias salvajes, el fuego para rozar la maleza y las lluvias. A menos que se haga un nuevo descubrimiento, siempre posible, no dispondremos del precioso testimonio de las estelas epigrafiadas, como en Gao por ejemplo, en cuyo cementerio real de Sané hay toda una serie que data del siglo XII.

Estamos bastante bien informados acerca de lo que fue la arquitectura de la ciudad gracias a las excavaciones realizadas allí en varias ocasiones: por A. Bonnel de Mezières en 1914, D. Lazard en 1939, P. Thomassey en 1949 y 1950 y, por último, en 1951, por G. Szumowski y el autor de estas páginas. Las más importantes fueron las de Bonnel de Mezières quien, ayudado por 50 trabajadores, efectuó 22 excavaciones (casas, tumbas, construcciones diversas). Por desgracia, el material recogido se perdió en su totalidad.

Más eficaces fueron las excavaciones emprendidas entre 1949 y 1951, sobre todo las de P. Thomassey, quien trabajó allá durante varios meses y puso en descubierto dos conjuntos de construcciones de bellísima arquitectura. Pavimentos, placas epigrafiadas con inscripciones coránicas en los muros, bellos nichos en las paredes y pilares, escaleras de piedra, sin contar diversos objetos sueltos (instrumentos y armas de hierro, cerámica, perlas, muelas de piedra, y rarísimas pesas de cristal para pesar el oro), permiten formarse una idea bastante completa de la civilización que floreció en aquellos lugares.

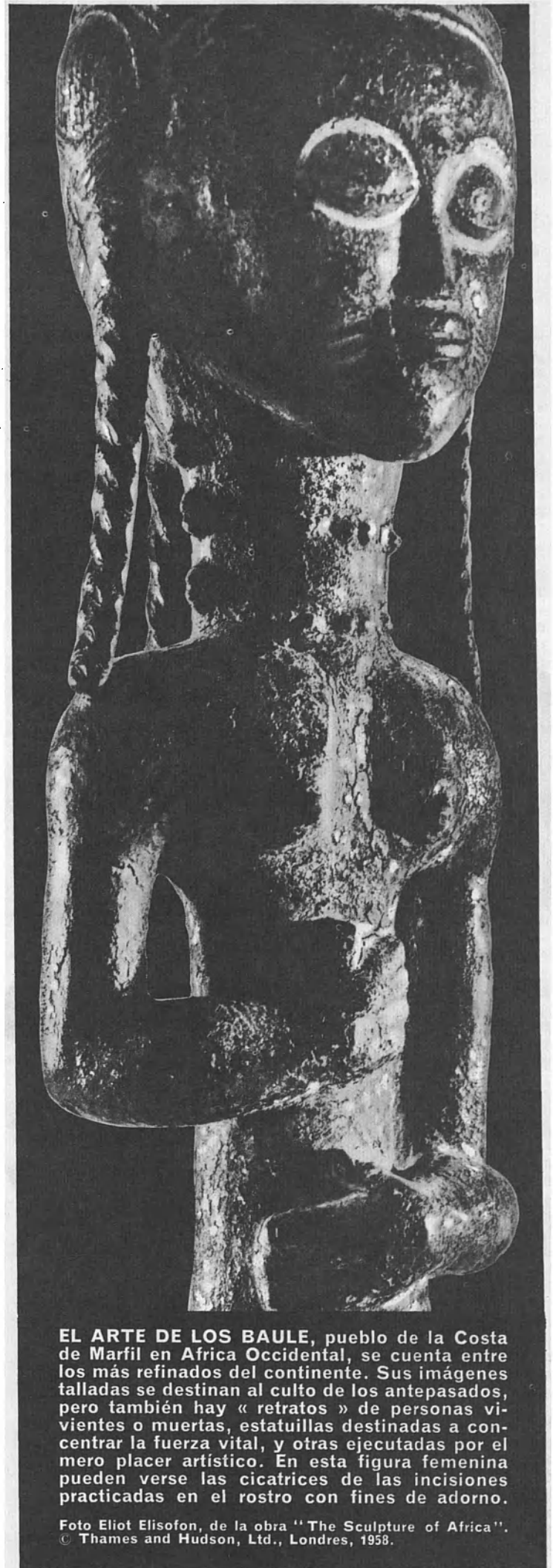
Seguramente se trata de residencias de ricos mercaderes árabes o arabizados, o de grandes personajes sarakolé u otros, también islamizados. En efecto, todo lo que hemos encontrado en Kumbi se vincula con el período final de Ghana, en los siglos XII y XIII, poco antes de su destrucción por los mandingas; no hemos podido descubrir ningún vestigio preislámico y es muy probable que los almorávides destruyeran todo lo que podía evocar el animismo. Recordemos el pasaje en que El Bekri relata el saqueo de Awdaghost, ciudad que dependía de Ghana, en 1054, es decir 23 años solamente antes de la toma de Kumbi; la única razón aducida para explicar esa destrucción era que la ciudad «reconocía la autoridad del sultanato de Ghana». No cabe duda de que los almorávides debieron proceder aquí de la misma manera, y que los templos de los «ídolos» y los túmulos de los reyes fueron seguramente arrasados y saqueados. En la antigua capital de los reyes sarakolé no subsiste nada de la civilización preislámica de Ghana. Todo lo que se ha descubierto es de origen islámico, y la arquitectura recuerda sobre todo la de las ciudades por donde pasaban las caravanas arábigo-bereberes del sur de Mauritania.

Una gran cultura negro-islámica

Pero la vieja capital de Ghana posee además otro título de gloria: fue la iniciadora de la cultura negro-islámica que ha florecido en el Sudán desde el siglo VIII hasta nuestros días, y que ha dado fama a centros como Tombuctú o Djenné. Los mercaderes árabes, los eruditos del Maghreb, se sintieron atraídos por la fama del país del oro, estableciéndose en Ghana y en otras partes de aquella región. Sus descendientes, mestizados, fueron extendiéndose por todo el Sudán, sobre todo en las grandes ciudades comerciales, difundiendo el Corán y la civilización musulmana desde las orillas del Senegal hasta el Chad; no es casual que los sarakolé y sus parientes próximos, los malinké, hayan participado en la creación de todos los grandes imperios: Ghana, Mali, Songai, los Estados Haussa, y que gentes del mismo origen racial hayan aportado un reflejo de la civilización sudanesa-islámica hasta el corazón de las selvas del país de Bondukú, de Achanti y otros, atraídos por el tráfico del oro.

La filiación que existe entre Kumbi, Tichitt, Ualata y las demás ciudades de Mauritania meridional es directa, patente e indiscutible. Y aunque menos visible a primera vista, por ser más lejana, esa relación de parentesco existe igualmente con las ciudades sudanesas de adobes, ayer Tombuctú y Djenné, hoy Kayes, Bamako y Mopti: encontramos allí la misma arquitectura, más pesada por el empleo de adobes, y los mismos hombres, imbuidos de cultura musulmana.

Este es el antiguo y prestigioso patrimonio que los sudaneses han recibido de Ghana. ¿Puede haber mayor título de gloria para la vieja ciudad, cuyos vestigios van descubriendo y estudiando los arqueólogos contemporáneos?



EL ARTE DE LOS BAULE, pueblo de la Costa de Marfil en Africa Occidental, se cuenta entre los más refinados del continente. Sus imágenes talladas se destinan al culto de los antepasados, pero también hay « retratos » de personas vivientes o muertas, estatuillas destinadas a concentrar la fuerza vital, y otras ejecutadas por el mero placer artístico. En esta figura femenina pueden verse las cicatrices de las incisiones practicadas en el rostro con fines de adorno.


Foto Eliot Elisofon, de la obra "The Sculpture of Africa".
© Thames and Hudson, Ltd., Londres, 1958.

En Tombuctú, centro de cultura medieval

por Thomas Hodgkin

Cuando la gente habla del Africa, —y sobre todo de la región que comienza al Sur del Sahara— como de un «continente sin historia», lo que dice en realidad es que se trata de un continente cuya historia, por desgracia, se desconoce en el resto del mundo. No faltan motivos que expliquen este hecho. En parte —nos agrada o nos disguste— continuamos siendo absurdamente etnocéntricos: para la mayoría de nosotros, la «historia» es la historia nacional o a lo sumo «europea» u «occidental». Si en nuestros estudios se desliza uno que otro dato acerca de la historia africana, suele ser bajo el viejo epígrafe de «la expansión de Europa». Pero nuestra ignorancia de la historia del Africa Occidental se debe también a que los documentos sobre el periodo medieval —es decir, hasta el año 1500— proceden casi todos de fuentes arábigas. Pocos son los arabistas que se han interesado por la región africana que se extiende al sur del Sahara, y muy pocos los africanistas, en su mayoría franceses o africanos formados en la tradición francesa, que se encuentren preparados para estudiar materiales árabes. Finalmente, hay que reconocer que en cierto grado somos todavía víctimas de una mentalidad colonial: aceptamos con dificultad que los africanos hayan tenido durante siglos sus propias civilizaciones aborígenes, antes de que se nos ocurriera a los europeos, empezando por los portugueses a fines del siglo XV, la idea de tratar de venderles la nuestra.

En realidad, existían civilizaciones sumamente interesantes, al menos desde el siglo VIII y probablemente desde mucho antes, en la región que los árabes conocían con el nombre de *bilād al-sūdān*, que significa literalmente «el país del pueblo negro», pero que se empleaba para designar la gran faja de sabanas que se extiende al sur del Sahara, desde el Atlántico hasta el Mar Rojo. Los principales Estados del Sudán Occidental tenían ciertas características comunes, ya se trate de Ghana, y posteriormente de Mali —en la zona del Níger superior—, de Gao, que dominaba el meandro del Níger, o de Kanem-Bornu en la región del lago Chad. Su riqueza se debía principalmente a que controlaban la extremidad meridional de las rutas comerciales transaháricas, por las que exportaban al Africa del Norte, y de ahí a Europa, grandes cantidades de oro, pero también esclavos, marfil y nueces de cola, recibiendo a cambio cobre, conchas que servían de moneda, tejidos, caballos, ganado y cuentas de vidrio. Esos Estados establecieron formas de gobierno relativamente centralizadas, con dinastías de reyes que se consideraban de origen divino y que, en la mayoría de los casos, se mantuvieron en el poder con una continuidad notable: por ejemplo, la dinastía Sefawa reinó en Kanem-Bornu durante un milenio, aproximadamente desde mediados del siglo IX hasta mediados del siglo XIX. Poseían una complicada jerarquía de funcionarios, dependientes de palacio, un minucioso ceremonial cortesano, considerables fuerzas militares, divididas en infantería, caballería y transporte, organizadas en su mayor parte con arreglo al sistema feudal, y una administración que en tiempos normales era capaz de mantener el orden público y de percibir los impuestos en las provincias más alejadas. Desde el siglo XI, las familias reinantes y las clases acomodadas de esos Estados se convirtieron al islamismo, por presión de los almorávides o por penetración pacífica de misioneros musulmanes procedentes de Africa del Norte. Como consecuencia de la difusión del islamismo y del desarrollo de relaciones entre los Estados del Sudán Occidental y el resto del mundo musulmán, a través de ciudades como Fez, Tlemecén, Túnez, El Cairo y la Meca, surgieron centros de enseñanza en Africa Occidental y principalmente en Tombuctú y Jenne, donde los



MÁSCARA CON YELMO, obra de los Fing —tribu del grupo Bobo del Sudán Occidental—, tallada en un solo pedazo de madera que remata en una figura femenina. La vasta faja del Sudán que cruza Africa desde la costa senegalesa hasta el Mar Rojo, y donde se alternan la zonas áridas y las sabanas, ofrece sus mejores ejemplos de escultura en la región occidental, cerca de la gran curva del caudaloso río Níger.

Foto Eliot Elisofon, de la obra "The Sculpture of Africa" © Thames and Hudson Ltd., Londres 1958.

EL COMERCIO DEL LIBRO ERA EL MÁS PRÓSPERO

mercaderes y los hombres de letras ejercían análoga influencia.

Hasta los viajes de Mungo Park y cuantos le siguieron —Horneman, Denham y Clapperton, Laing y Caillié, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX— Europa casi no tuvo contacto directo con las civilizaciones del Sudán Occidental. De ahí que dependamos de fuentes árabes para conocer la historia de esos Estados. Entre ellas figuran no sólo los trabajos de geógrafos e historiadores árabes, desde el siglo IX en adelante, sino también los escritos de historiadores y cronistas locales de África Occidental, formados en centros como Tombuctú, e incluso las inscripciones árabes, si bien éstas son raras. Por ejemplo, ¿cómo sabemos que las dinastías reinantes en Ghana, Mali (o Kangaba, como se llamaba en aquel tiempo), Gao y Kanem se convirtieron al islamismo en el siglo XI? En parte por fuentes literarias: Ben-Chaldún, el gran historiador, sociólogo y filósofo tunecino del siglo XIV, describe brevemente la conquista de Ghana por los almorávides en 1076. Pero en lo que se refiere a Gao, las fuentes históricas se complementan con una serie de lápidas sepulcrales de miembros de la casa real de Gao, que ostentan inscripciones en árabe y fueron descubiertas en 1939 a pocos kilómetros del moderno Gao. Las lápidas más antiguas tienen bellas inscripciones en caracteres cúficos, cuyo estilo ha inducido al profesor Sauvaget a pensar que son obra de artesanos de Almería, en España meridional, quienes se trasladaron personalmente, o enviaron las piedras ya grabadas a lomo de camello a través del Sahara. Una de ellas dice:

« Todo cuanto existe sobre la tierra será aniquilado. Esta es la tumba de un poderoso rey, de noble condición, que protegió la religión de Dios, que confió en Dios, que cumplió los mandamientos de Dios, que luchó por la causa de Dios, el rey Mama, hijo de Kma, hijo de Ai, conocido con el nombre de Omar ben al-Khattáb. Que Dios le acoja en su gloria. Fue llamado a Dios el domingo 17 de Muharram, año 514 de la Hégira (18 de abril de 1120). »

El texto coránico con que empieza este epitafio, el empleo de nombres songhai (los songhai eran los pobladores de Gao) junto con nombres musulmanes, la existencia comprobada de vínculos culturales y comerciales entre el Sudán occidental y la España meridional durante el periodo de dominación almorávide, todo induce a los historiadores a creer que en el siglo XI el islamismo comenzó a difundirse por toda la región.

Los viernes, vestiduras blancas

A partir del siglo IX, los geógrafos e historiadores árabes comienzan a proporcionar informaciones de interés sobre los Estados del Sudán occidental. Por ejemplo, Yaqúbi, que escribió hacia 872, conocía la existencia de los reinos de Ghana y Kanem, y habla del comercio de oro de Ghana y de la venta de esclavos de Kanem en África del Norte, pasando por el Fezzán. En la primera mitad del siglo X, Ben Hawqal, de Bagdad, llegó hasta la ciudad saharica de Audoghast, en los confines del imperio de Ghana. Al-Bakri, que escribió su *Masálik wa Mamálik* (Rutas y Reinos), hacia 1067, poco después de la conquista de Inglaterra por los normandos, pasó la mayor parte de su vida en el Estado musulmán de Córdoba, en España meridional, pero estaba muy bien informado acerca del Sudán occidental, probablemente porque tenía acceso a los archivos oficiales de Córdoba, pero también por relatos de comerciantes y viajeros eruditos. En su texto habla de la capital, formada por

dos ciudades que distaban una de otra unos 10 kilómetros: la pagana, donde vivía el rey, y la musulmana, que tenía 12 mezquitas; describe la Corte, donde daba audiencia el rey rodeado de sus pajes que blandían espadas con empuñadura de oro, los hijos de los príncipes vasallos, los visires en su mayoría musulmanes, y el Gobernador de la ciudad, así como de sus caballos con arreos de oro y sus sabuesos; igualmente se refiere al ejército de 200.000 hombres, de los cuales 40.000 eran arqueros, al monopolio real de pepitas de oro y al empleo del polvo de oro como moneda. Por Mahamud Katí, un historiador de Tombuctú del siglo XVI, sabíamos que el nombre de la capital del reino de Ghana era «Kumbi».

En cierto modo, las fuentes arábicas más valiosas son los relatos de dos autores, que hicieron largos viajes por el Sudán occidental: Ben Batutah y Juan León el Africano. Ambos fueron personalidades notables. Abdallah ben Batutah al Lauatí nació en Tánger en 1304 y pasó la mayor parte de su vida viajando por el mundo musulmán de su época, visitando Arabia, Asia Menor, Khorasan, India, China e Indonesia, así como el África Occidental a la que llegó en 1352. Por aquel entonces el Imperio Mali dominaba aún el Sudán occidental, y Ben Batutah hace un relato muy interesante desde el punto de vista humano sobre sus instituciones y costumbres:

« Los negros tienen cualidades admirables. Raramente son injustos y aborrecen la injusticia más que cualquier otro pueblo. Su sultán no perdona a quien haya cometido la menor falta a ese respecto. Existe en ese país una completa seguridad. Ningún viajero, ningún habitante tiene nada que temer de ladrones ni de bandidos... Observan cuidadosamente las horas de oración. El viernes, la persona que no va temprano a la mezquita no encuentra un rincón en ella para orar a causa de la multitud que la llena. Otra de las buenas cualidades de este pueblo es la costumbre de llevar vestiduras blancas y limpias los viernes. El que sólo tiene una vieja camisa, la lava y la limpia para llevarla a la mezquita el viernes. También es característico el celo por aprender el Corán de memoria. Los padres encadenan a sus hijos cuando están atrasados en su estudio, y no los liberan hasta que lo saben de memoria... »

Juan León el Africano, llamado en un principio Al-Hassan ben Mohammed Alvazas Alfasi, nació en Granada hacia el año 1490. A la edad de 17 años acompañó a un tío suyo en una misión diplomática enviada por el sultán de Marruecos a la corte de Mohammed Askia, soberano del Imperio de Gao, que por aquel tiempo había sustituido al de Mali como potencia dominante en el Sudán occidental. Más tarde hizo un segundo viaje por África al sur del Sahara. Hacia 1518 fue capturado por un corsario siciliano y llevado ante el Papa León X, que dos años más tarde le bautizó dándole su propio nombre, Joannes Leo de Medicis. Establecido así en Italia, escribió su famosa *Descripción de África*, que se publicó primeramente en italiano en 1550 y que durante los dos siglos siguientes constituyó para Europa la fuente de información más importante —aunque cada vez más anacrónica— acerca de los Estados y pueblos del Sudán occidental. Su relación de la floreciente vida comercial e intelectual de Tombuctú y de otros centros del Imperio de Gao en su apogeo sigue teniendo sumo interés. Terminaremos nuestra breve reseña con uno de sus párrafos:

« Hay en Tombuctú numerosos jueces, doctores y letrados, todos ellos nombrados por el rey. Este prodiga honores a los eruditos. También se venden allí numerosos libros manuscritos, importados de Berbería. El comercio de libros es más provechoso que cualquier otro negocio. »

TEMPLOS PERDIDOS EN EL DESIERTO

A lo largo de las bajas y desérticas colinas, hasta el norte de Khartum en el Sudán, se extiende una región arqueológica prácticamente virgen, que bien podría ser una de las más ricas del mundo para la curiosidad de los investigadores. Allí, en el extinguido reino de Kush (del que se ha dicho que en cierto sentido es la más africana de todas las civilizaciones de la antigüedad), se alzan los grandes monumentos de Meroé y de sus ciudades hermanas, Naga, Musawarat es Safra, Nuri y Napata. En un tiempo centro de la mayor industria del hierro en África al sur de la costa mediterránea, Naga ha sido llamada "la Birmingham de África antigua". Sus productos, y más tarde su tecnología, se extendieron paulatinamente por otras tierras africanas del sur y del oeste. Las de Naga son las más impresionantes de todas las ruinas kushitas; datan de 2.000 años atrás, y entre ellas pueden verse: 1) El "kiosco", edificio con columnas, que recuerda la arquitectura romana y que presumiblemente fue un templo. 2) Una serpiente con cabeza de león, saliendo de una flor de loto en una columna situada en un ángulo del Templo del León. 3) Figuras esculpidas en las paredes del Templo del León, entre las que se ve al dios León (izquierda) y a Aminitere, una de las reinas-diosas que gobernaron en medio de un extraordinario esplendor en el apogeo de la civilización kushita. 4) El carnero, que llegó a ser uno de los símbolos divinos de Kush; todavía hoy se encuentran numerosos carneros esculpidos en granito, casi sepultados en las solitarias arenas de Naga.

Fotos © Almas, París.

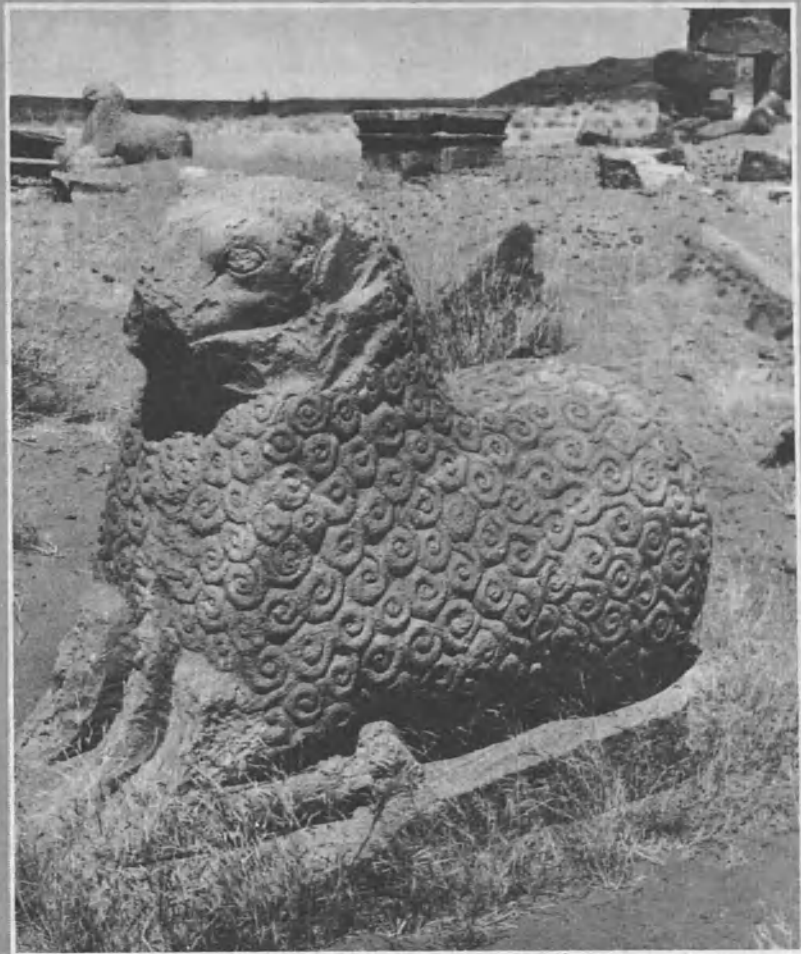




2



3



4

LEYENDA Y REALIDAD DEL IMPERIO DE ETIOPIA

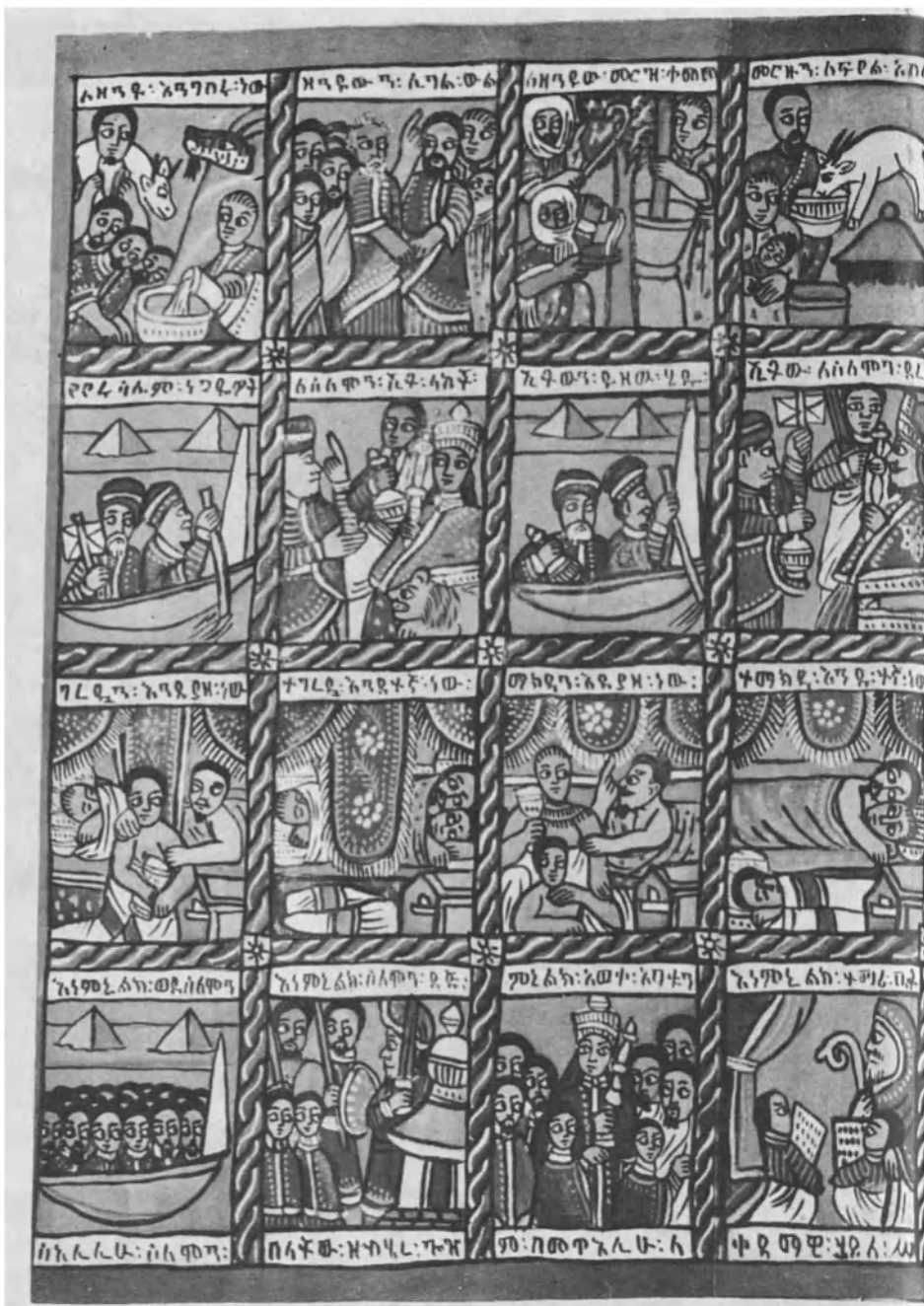
por Jean Doresse



Foto © Jean Doresse

A pesar de reunir una diversidad de razas que hablan lenguas distintas, Etiopía ha creado en el curso de su historia una cultura de notable cohesión. Sin duda, el principal factor de esta unidad es de orden geográfico: el paisaje de líneas suaves, el verdor y frescura de sus altas mesetas que, a más de 2000 metros de altura, evocan menos el Africa que algunas montañas de Europa. Hay todavía otro factor de unidad: los más importantes pueblos que habitan en esas alturas se emparentan con la raza blanca a pesar del color moreno de su piel. Gracias a estos elementos se ha formado desde tiempo inmemorial una civilización que distingue a Etiopía del resto del Africa negra, dentro de la cual se encuentra como encajada en parte y que, a su vez, la acerca a tierras de civilizaciones antiguas —Egipto, Siria, Arabia— con las cuales tuvo contactos históricos.

Hay que descartar desde un principio ese mito, todavía bastante acreditado, de una Etiopía antigua ligada a la cultura faraónica. Los autores clásicos de hace dos mil años explotaron ampliamente este tema novelesco, pero ni en Heródoto ni en las «Etiópicas» de Heliodoro se trataba de la Etiopía auténtica, sino únicamente del reino sudanés de Meroé. Eliminada esa leyenda, se puede comprobar que varios milenios antes de nuestra era existía una civilización etíope protohistórica, que no ha



En Etiopía, país de alta y antigua civilización, la historia está envuelta en un manto de leyendas que se expresan en nuestro tiempo a través de pinturas multicolores, divididas en compartimentos donde se detallan a veces más de cien escenas diferentes extraídas de *La gloria de los reyes*, libro nacional de Etiopía. Escrita en el siglo XIV, esta obra se

dejado monumentos. En efecto, los egipcios conocían la Etiopía antigua con el nombre de «país de Punt» o «Tierra de los Dioses», denominaciones que englobaban más exactamente las regiones productoras de incienso que se extendían en Africa Oriental y en Arabia sobre las dos riberas meridionales del Mar Rojo. Egipto recordaba haber recibido de esas comarcas algunas de sus divinidades y leyendas, y sacaba de ellas productos preciosos. Sin embargo, las expediciones enviadas por los faraones nunca llegaron hasta las altas mesetas. Algunas, por la vía del Nilo, alcanzaron solamente hasta los mercados sudaneses; otras, marítimas, tocaban lugares de la costa donde se compraba madera, marfil y animales valiosos. Y no deja de ser extraordinario que, mientras los reinos situados al Sur de Arabia —mineos, sabeos y otros— comenzaron a ser famosos por su riqueza y su cultura mil años antes de nuestra era, los primeros viajeros procedentes del mundo mediterráneo no llegaron a las mesetas abisinias hasta ocho o diez siglos más tarde. Allí encontraron ciudades y soberanos poderosos, todo lo cual ha quedado confirmado por los monumentos que todavía se ven en esa región. En aquel tiempo florecía ya una civilización activa, e instituciones sólidas y originales. La puerta de entrada al país era el gran puerto de Adulis adonde llegaban flotas venidas tanto del Egipto de los Tolomeos como del Océano



Foto del Musée de l'Homme, París

basa en relatos bíblicos, como en el documento que figura más arriba y que ilustra la historia de la reina de Saba y del rey Salomón, así como el nacimiento de Menelik I, primer emperador de Etiopía, en quien la tradición ve un hijo de la célebre reina. A la izquierda de la página opuesta, moneda de oro del emperador Uazeb I (fines del siglo III),

con inscripción en caracteres gheez. Esta escritura, original de Arabia, fue asimilada y transformada por los etíopes, que la han conservado hasta nuestros días aunque su lengua principal sea la amárica. El uso de la moneda en Etiopía remonta al siglo III; acuñadas con arreglo a características nacionales, estas monedas siguieron en circulación hasta el siglo IX.

Indico. Las ciudades principales eran, primero, Coloé, mercado de marfil, al borde de la meseta, sobre Adulis; luego, más al interior, Axum. Los pueblos que habitaban esas ciudades pertenecían a razas establecidas desde hacía mucho tiempo en las dos orillas del mar. Los más civilizados de entre ellos empleaban una lengua semítica; en sus inscripciones se valían incluso de la escritura sabea; habían abandonado los cultos africanos para entregarse a una religión emparentada con la de los grandes reinos de Arabia meridional. Los primeros monumentos que levantaron se habían inspirado en construcciones extraordinarias, cuyos innumerables vestigios se ven todavía hoy sobre las mesetas de Yemen y Hadramaut. ¿Se trata de una simple copia? ¡De ninguna manera! En tierra africana, todo eso se había asimilado y transformado. La escritura sabea iba a ser pronto la escritura gheez, que Etiopía ha conservado hasta nuestros días. Las líneas arquitectónicas de los edificios sabeos serían objeto de nuevas interpretaciones por parte de razas capaces de tallar enormes bloques de piedra dura y erigir « obeliscos » monolíticos tan gigantescos como los de los faraones.

En los siglos III y IV, la nación etiópica adquiere así el monopolio del comercio del sur del Mar Rojo que, hasta entonces, había contribuido a la grandeza exclusiva de

los reinos de Arabia meridional, productores de incienso y sustancias aromáticas. Desde fines del siglo III, el carácter internacional de Axum se acentúa con el empleo efímero de la lengua griega en algunas inscripciones, y hasta en las monedas. El principal artífice de esta civilización etíope fue el emperador Ezana (hacia 320-350) que, en beneficio de la lengua semítica de su pueblo, vulgarizó la escritura gheez basada en la de los sabeos. Al mismo tiempo, hacia 340, decidió la conversión al cristianismo, religión a la que seguirá siendo fiel su nación. Este cristianismo se distinguiría bien pronto por algunos rasgos originales: de espíritu eminentemente bíblico, se inclinaba a veces hacia el judaísmo, cuyas huellas indiscutibles se advierten todavía en sus mitos y en sus prácticas. Bajo la nueva religión se construyeron iglesias cuyas líneas arquitectónicas recordaron durante mucho tiempo las de los templos axumitas: se unían en ellas elementos decorativos tomados de Arabia, Siria, Persia y aun del Egipto copto.

Desde comienzos del siglo VIII, el imperio de Axum habría de sufrir los efectos de una decadencia que acababa de destruir los últimos esplendores de los Estados de Arabia del Sur. A ello se unió el derrumbe del comercio marítimo del Mar Rojo, que había sido la razón de su prosperidad. Empobrecida, Etiopía no tardaría en encontrarse aislada del resto del mundo hasta el siglo XVI,

LOS ORÍGENES DE ETIOPÍA

(Continuación)

con excepción del Egipto con quien mantenía algunos lazos. Sin embargo, su cultura apenas decayó. Con la dinastía de los reyes Zagüé (del siglo X ó XII a 1270) va a surgir, en la montañosa provincia del Lasta, una fantástica capital, la ciudad del rey Lalibela. Sus doce iglesias monolíticas marcan el final del antiguo arte axumita, del que al mismo tiempo son sin duda el apogeo.

Se inicia entonces una edad media que se desarrollará al sur de las provincias del Tigré y del Lasta, en las austeras montañas de Amara y en las bellas llanuras del Choa. Allí, la escritura gheez debe adaptarse a una lengua autóctona que no conserva más que algunos recuerdos de la antigua aportación sabea: el *amárico*, que todavía hoy es la principal lengua viva de la nación. Sin embargo, el gheez no quedará relegado al olvido; sigue empleándose en la liturgia y la literatura cristianas.

En este nuevo cuadro, una serie de soberanos que son a la vez hombres políticos eminentes, guerreros heroicos, juristas escrupulosos, teólogos y a veces hasta poetas inspirados —uno de los más grandes fue Zara Yaqob (1434-1468)— organizan una nación próspera que, por sus monumentos y pinturas, por su vastísima literatura, por sus crónicas informativas y precisas, evoca la Edad Media occidental.

Por desgracia, esta edad media va a conocer crueles luchas religiosas. El islamismo, con el que los antiguos soberanos axumitas habían mantenido relaciones muy cordiales, se implanta al este de las altas mesetas en las regiones bajas donde se crean reinos independientes. Etiope de espíritu, si bien utiliza la lengua árabe en sus escritos, este islamismo en un principio pacífico llevará a los pueblos hasta entonces incultos, a los cuales va a servir de vínculo, a una guerra contra las altas mesetas pobladas por cristianos que gozan de una vida más próspera: guerra económica que sólo en contados momentos revestirá el aspecto de una guerra santa. El asalto más violento se produce poco antes de la mitad del siglo XVI. La invasión de fuerzas coaligadas por el imán Gragne devasta entonces los grandes mercados, las ciudades y las iglesias de Choa, de Amara y del Tigré. Es preciso que en 1541 intervenga un pequeño cuerpo de guerreros portugueses, bajo las órdenes de Don Cristóbal de Gama, para salvar de las ruinas este imperio de más de quince siglos de existencia.

Cabe preguntarse si con la llegada de estos occidentales que, a pesar de su reducido número, le dan a conocer las nuevas técnicas de la época, Etiopía modifica su cultura tradicional. La respuesta es negativa. La influencia occidental desapareció tanto más rápidamente cuanto que después de los guerreros portugueses (cuyos supervivientes se mezclaron y fundieron rápidamente en la masa de la población etiope) sólo llegaron unos pocos misioneros católicos a cuya propaganda la nación no tardó en oponerse. Etiopía seguía fiel a su vieja y rica cultura. Es cierto que, al término de esta época, florecieron de nuevo la pintura, las miniaturas, y una arquitectura pintoresca como la de los castillos imperiales de Gondar. Pero las influencias occidentales manifestadas a través de esas obras son bastante indirectas.

Antes de la era moderna, Etiopía debía pasar todavía por una última prueba: la súbita invasión por el sur y el sudeste de grandes oleadas de poblaciones gallas, todavía incultas. Sin embargo, algunos siglos bastaron para asimilar a ese pueblo robusto, algunos de cuyos grupos adoptaron el cristianismo y otros el islamismo. La cultura etiope iba a salir incólume de la prueba.

El verdadero contacto de Etiopía con Europa data de la apertura del canal de Suez, momento en que comienzan a ser llamados al país los



Foto © Paul Almasy, París

AXUM, CORAZÓN DEL IMPERIO. — Cuando los primeros viajeros procedentes del mundo mediterráneo llegaron a las mesetas abisinias, poco antes del comienzo de la era cristiana, descubrieron un país de grandes ciudades y soberanos poderosos. Ya en esa época existía allí una importante civilización, así como instituciones tan sólidas como originales. Entre las ciudades del interior se contaba Axum, antigua capital y corazón del imperio, cuyos soberanos extendieron su poder hasta Arabia. Bajo el reinado de Ezana, rey de Axum, Etiopía se convirtió al cristianismo, religión a la que ha permanecido fiel. Actualmente Axum no es más que una aldea que conserva los imponentes vestigios de un pasado glorioso, como puede apreciarse por esta fotografía de la catedral. Abajo puede verse la estatua en piedra de un príncipe, con una inscripción en caracteres sabeos. Este monumento fue encontrado cerca de Azid, al este del Tigré, junto con objetos de bronce entre los cuales había copas de estilo egipcio y un cetro votivo del emperador Gadar (siglo III después de J.C.).



técnicos europeos. El contacto de Etiopía con la cultura europea será más fácil, pues la nación tiene ya desde sus orígenes una escritura, una legislación y cánones estéticos que le son propios. Desde hace quince siglos existen allí diversas escuelas dependientes de iglesias y monasterios. Por consiguiente, a pesar de una notable ausencia de conocimientos matemáticos y científicos, Etiopía posee los medios que le permitirán adaptarse a una enseñanza metódica. Conviene señalar aquí que su cultura encierra un germen de universalidad. De las diversas civilizaciones antiguas —sabea, helénica, judaica, cristiana, musulmana— cuya influencia recibió a lo largo de su historia, provienen diferentes instituciones y el marco de sus dos grandes religiones. Conviene también recordar aquí que Etiopía no se relacionó sólo con el antiguo Oriente Cercano y Medio y con el mundo mediterráneo; el comercio marítimo que hace dos mil años llegaba ya a sus costas, le permitió establecer otras relaciones, no por infrecuentes menos reales, con las comarcas del Lejano Oriente que Europa no iba a descubrir sino mucho más tarde: países vecinos del golfo Pérsico, India, y hasta China... De esta suerte, la personalidad etiope se ha ido desarrollando en condiciones excepcionalmente favorables para su equilibrio, en una región de Africa donde le es posible recoger elementos de todas las civilizaciones, desde las más «clásicas» hasta las del Lejano Oriente. Ello explica su variedad, su misterio y también su grandeza.

EL TRÍPODE DE ORO Y PLATA

símbolo fastuoso de los reyes de Achanti

por Jacqueline Delange

Agregada al departamento de Africa Negra del Musée de l'Homme, París

Un marcial estruendo de tambores, campanas, gongos, trompas, sonajas; una multitud de más de 5.000 soldados y jefes vestidos de gala... Entre el humo de las descargas de mosquetón y el ondear continuo de multicolores banderas alemanas, danesas y británicas, la embajada inglesa enviada al monarca de los Estados achanti, llegó por fin al palacio de Kumasi. Su lento desfile en medio de esa increíble recepción no duró menos de hora y media. La relación que nos hace de la misma el jefe de la embajada es un verdadero himno al oro, a la plata y a su deslumbradora utilización en esa corte real casi desconocida en aquella época. Estamos a principios del siglo XIX. Las riquezas de los achanti van a sorprender a los europeos, pero de esas imágenes rutilantes sólo retendrán los motivos aparentemente bárbaros, signos de la relación que invariablemente se establece con un poder divino, y emblemas de las instituciones y de las nuevas influencias. No sabrán descubrir en ellas la historia de una cultura.

«Los portadores agitaban sin cesar un centenar de grandes quitasoles o palios, cada uno de los cuales podía abrigar al menos 30 personas; eran de seda escarlata, amarilla y de otros colores vivos, y estaban coronados con medias lunas, pelícanos, elefantes, sables y otras armas, todo de oro macizo... Los mensajeros del rey ostentaban en el pecho grandes placas de oro, los capitanes y los señores llevaban collares de oro macizo delicadamente trabajados, del pecho del jefe de las ejecuciones colgaba un hacha de oro macizo, las muchachas llevaban recipientes de oro, y los intérpretes permanecían detrás de haces de bastones con puño de oro...»

Por todas partes brilla el oro, más implacable que el mismo sol. Invade el palacio, y ya en él adorna a los dignatarios de la casa real, al chambelán, al músico que sopla en el cuerno, al capitán de los mensajeros, al verdugo, al regidor de los mercados, al sacerdote de la tierra en que están sepultados los difuntos de la familia del rey. El oro, en fin, inunda de luz y de prestigio al gran soberano descendiente del fundador de la nación achanti, Osei Tutu, cuyo reinado anunció la futura gloria del país en forma de su símbolo descendido del cielo, el trípode de oro.

Una técnica asombrosa

El rey lleva collares de conchas de oro, ajorcas en los tobillos con ornamentos infinitamente variados que van desde las armas de pequeño tamaño y muy trabajadas hasta las aves deliciosamente estudiadas; en su pecho lleva una placa pectoral en forma de rosa con los pétalos abiertos; en las manos, castañuelas de oro que toca para hacer cesar los ruidos. Nos quedamos sobrecogidos de admiración ante esa preciosa orfebrería de la que sólo conocemos parcialmente los innumerables tesoros. Las mismas técnicas, ya se trate de la fundición por el procedimiento de cera perdida, del martilleo, del repujado o bien de la aplicación del metal sobre madera, demuestran un dominio inigualado de la materia. Es probable que el perfecto acabado de esas obras, «algunas de las cuales tienen un agradable aspecto», como comprobaba ya un cronista de 1700, sea herencia de antiguas tradiciones artesanales, monopolio de la casta de los forjadores. En las antiguas comunidades akan de las que son una rama los achanti, los forjadores marchaban a la cabeza de los grupos de emigrantes y, llevando antorchas, conducían las columnas hacia sus nuevos destinos. Pero a medida que se afirma la potencia achanti y que se desarrolla la corte real, los diferentes gremios convergen hacia Kumasi y las artes se ponen al servicio del rey. Todas las monarquías africanas, por ejemplo los reinos de Ife, de Benin y de Abomey en el oeste, de Loango y de los Bakuba en

el Congo, así como las grandes sultanías o jefaturas militares del Camerún, multiplicaron las demandas de objetos de arte, al organizar los signos exteriores de su poder.

Las corporaciones de artesanos al servicio de las familias reales, de las instituciones rituales en una escala casi nacional, y de las naciones conquistadoras, sucedieron a las castas y a los artistas iniciados de las pequeñas sociedades campesinas en las que la escultura en madera, estilizada o realista, está destinada directamente a los antepasados y a las divinidades. Entre los achanti, la ceremonia *Odwira*, fiesta de los ñames y de la renovación, pero también fiesta de los muertos, hace resurgir el esplendor feudal de un gran día en que se mezclan sacrificios y diversiones, tumultos y el flamear de las antorchas en la noche, danzas, adolescentes que agitan colas de elefantes y plumas, procesión interminable de personajes cargados de oro, transportados por esclavos, portadores de pipas de oro, de abanicos de pluma de avestruz, de sables de oro, de jarrones de plata, y del trono de marfil y de oro del rey. Entre la infinita variedad de máscaras-dijes, broches, anillos, brazaletes, ornamentos, armas ceremoniales, pesas para el polvo de oro, y jarras, resulta imposible elegir los objetos más dignos de ser descritos, ya que la riqueza decorativa de todas esas obras es invariable. Son conocidas las máscaras-dijes en forma de rostro humano; todos los reinos akan han fabricado cabezas delicadamente fundidas mediante el sistema de cera perdida, y algunas de ellas son verdaderos retratos; los motivos de los dijés oscilan entre las formas geométricas y las animales.

Joyas, vasos rituales, muñecas...

La variedad de pesos que servían para pesar el polvo de oro es considerable, desde los que representan motivos geométricos hasta aquéllos con figuras que se interpretan como proverbios. De la primera serie, cuya cantidad es inimaginable, se puede decir que la exactitud de la observación del orfebre no es menor que su genio decorativo. Por lo que toca a los motivos geométricos, su número no es ilimitado pero resulta difícil captar su significación, que proporcionaría la clave del sistema ponderal utilizado. En cuanto a los pesos-proverbios, dan la medida exacta de la sabiduría achanti y relatan los acontecimientos de la historia de su pueblo: «¡Si yo hubiese sabido lo que pasaba a mi espalda!», dice el antilope de largos cuernos anillados, «pero ya es tarde para lamentarse». «Quien ha comido, quiere beber», dicen cuatro pájaros al borde del agua. Las tapaderas de los *kuduo*, vasos rituales cuyas formas y ornamentación recuerdan ciertos cestos romanos de mimbres, o bronceos chinos, también están coronados con motivos legendarios; un director de orquesta rodeado de sus músicos, representa la imagen de la preeminencia indiscutible del jefe; el precioso decorado y la abundante ornamentación de esas jarras se repiten en el magnífico adorno de los grandes cofres exagonales con aplicaciones de cobre, recubiertos de terciopelo negro y de rosetones de oro, donde reposan los cuerpos reales en las cámaras funerarias reservadas a los reyes en su mausoleo.

Los tejidos con que se vestían los achanti contienen también leyendas, proverbios y refranes populares. Eran, y aún lo son, estrechas bandas de algodón o de seda reunidas en composiciones multicolores y alternadas con motivos decorativos, la mayoría de ellos geométricos; esas telas de reflejos cambiantes eran tejidas tan sólo por los hombres, y sus dibujos no podían atribuirse a todos indistintamente; los reyes achanti se reservaban la exclusividad de algunos modelos que seguidamente podían distribuir entre los dignatarios del reino. Además de orfebres y de tejedores, las instituciones reales exigían



MASCARILLA DE ORO
del rey Kofi de Achanti. Este retrato fúnebre, que forma parte de la colección Wallace, de Londres, prueba la extraordinaria habilidad de los orífices de Achanti, para quienes el oro era el material por excelencia. Los enviados europeos que en el siglo XIX visitaron la corte del rey de Achanti, pudieron ver en el palacio un extraordinario despliegue de decoraciones en oro, así como las joyas y ornamentos que lucían los funcionarios principales. El rey se adornaba con collares de conchillas de oro, un pectoral que representaba una rosa abierta, y llevaba castañuelas de oro que hacía sonar cada vez que reclamaba la atención de los presentes.

© Wallace Collection, Londres.

también alfareros. Las mujeres no podían fabricar las cerámicas antropomorfas, jarros o pipas utilizadas ritualmente, y sólo les estaba permitida la alfarería comercial u ordinaria.

Pero quizá en donde mejor se capta esa vocación achanti por la expresión formal de la belleza, es en las muñecas llamadas «Akua Ba», finas esculturas de madera patinada rojiza o negra, que representa la imagen estilizada de la belleza. Las mujeres encinta que las poseen no podrán menos de tener un hijo tan bello como esas armoniosas figuras de madera...

Separadas de los cultos familiares, de las relaciones con lo sobrenatural mantenidas por pequeños grupos ansiosos por sobrevivir, las artes achanti se cristalizaron en torno a las instituciones reales. La presencia del oro, la gloria, las relaciones económicas favorables y el vaivén de los contactos llevaron a expandirse en un lujo precioso y estético las cualidades tradicionales de las viejas castas de artesanos. Recordémoslo: en presencia de un enorme gentío, en medio de nubes sombrías y de ruidosos truenos, en el aire cargado de blancas humaredas, el trípode recubierto de oro y guarnecido de campanas de oro y plata descendiendo lentamente del cielo hasta las rodillas del rey achanti, para aportar a su pueblo la prueba mágica de su excepcional destino. Tanto la nación achanti como sus artistas, ¿podían olvidar acaso ese origen extraordinario?

ALGUNOS LIBROS SOBRE AFRICA

En su libro titulado «*Old Africa rediscovered*», Basil Davidson presenta la primera visión general de la historia preeuropea del continente africano. Como su título lo indica, permite «redescubrir» el Africa mediante la presentación de todos los elementos de que se dispone actualmente. (Edición Victor Gollancz Ltd., Londres, 1959).

Entre las obras aparecidas anteriormente y que se ocupan de cuestiones africanas históricas, cabe citar las siguientes: FAGG, W. y ELISOFON, E., *The Sculpture of Africa*. Thames and Hudson, Londres, 1958.

DIOP, A., *L'Art Nègre*, 1951.

DIOP, CHEIK ANTA, *Nations Nègres et Culture*, 1954.

FORDE, DARYLL, *African Worlds*, 1954.

FROBENIUS, L., *Histoire de la Civilisation Africaine*, Paris 1952.

HERSKOVITS, M.-J., *The Myth of the Negro Past*, 1941.

NADEL, S.-F., *A Black Byzantium*, 1942.

ARKELL, A.-J., *A History of the Sudan*, 1955.

BOVILL, E.-W., *Golden Trade of the Moors*, 1958.

LEBEUF, J.-P. y MASSON-DETOURBET, A., *La Civilisation du Tchad*, 1950.

DELGADO, R., *Historia de Angola*, Vol. 3, 1953.

GROTTANELLI, V.-L., *Pescatori dell'Oceano Indiano*, 1955.

DORRESSE, J., *L'Empire du Prêtre Jean*, 2 vol., 1957.



MADE UN NUEVO MÉDICO
en la Universidad de Leyde (págs. 20-31)

Colación de grados en la Facultad de Medicina de la antigua y prestigiosa Universidad de Leyde.

¿Por que no hay bastantes médicos en el mundo?

Para los 2 700 000 000 de habitantes que pueblan la tierra hay 1 300 000 médicos. En algunos países la proporción es de un médico por 700 habitantes, en otros de uno por 180 000 habitantes. Quiere eso decir que en la hora presente inmensas poblaciones carecen de cualquier clase de asistencia médica.

«Salud Mundial», la revista ilustrada que publica la Organización Mundial de la Salud, consagra un número especial a tan angustioso problema.

salud mundial puede obtenerse en la División de Información de la Organización Mundial de la Salud, Palais des Nations, Ginebra, Suiza.

LA MÁS GRANDE ESCULTURA AFRICANA EN HIERRO

Esta figura de altar es la más grande escultura en hierro que haya sido fundida en África. Mide aproximadamente un metro sesenta de altura. De apariencia muy moderna, procede de Dahomey y se afirma que estaba consagrada al culto de Gu, dios del hierro y de la guerra. Los ornamentos de la cabeza incluyen símbolos del gremio de los metalúrgicos.

Musée de l'Homme, Paris. © Eliot Elisofon

